Una publicación de

LE MONDE *diplomatique*

Conversaciones con CHOMSKY

Jorge Halperín de *Le Monde Diplomatique* dialoga con Noam Chomsky

EDITORIAL AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS

A David Benquis,
un hombre ejemplar.

Una publicación de

LE MONDE *diplomatique*

Conversaciones con CHOMSKY

(Jorge Halperín de *Le Monde Diplomatique* dialoga con Noam Chomsky)

EDITORIAL AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS

© Jorger Halperín 2003
© 2003, Capital Intelectual S.A. Buenos Aires-Argentina
© 2003, Editorial Aún creemos en los sueños

La editorial Aún creemos en los sueños
publica la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*.
Director: Víctor Hugo de la Fuente

Suscripciones y venta de ejemplares:
Huérfanos 1022 of. 1208, Santiago-Chile
Teléfono: (56 2) 671 75 54
Fax: (56 2) 671 76 80
E-mail: edicion.chile@lemondediplomatique.cl

Diseño: Carlos Muñoz Baeza
Copyright 2003 Editorial Aún Creemos En Los Sueños.
ISBN: 956-8134-26-3
Registro Propiedad Intelectual N° 137.007

INDICE

Prólogo
Jorge Halperín 7

Noam Chomsky:
Bush y los años del miedo 11

Un "Canalla" en las fronteras árabes 18

¿El enemigo en Los Andes? 22

Las raíces del miedo 28

"Las elites no creen en la democracia" 34

"Bush, un actor entrenado" 41

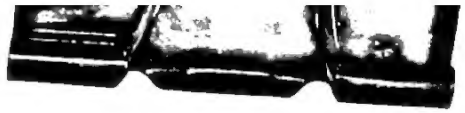
La teoría del "pañal" 44

"Mi voz aquí no existe" 52

"Hasta los 'halcones' les tienen miedo" 59

"Aplauden a Lula porque no puede hacer nada" 64

Morris Halle, el amigo de toda la vida 67



Prólogo

por Jorge Halperín

Es el final del pasado invierno en Cambridge, Estados Unidos, y el paisaje de los alrededores del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) multiplica el rigor de los diez grados bajo cero que marca el termómetro: megaedificios de oficinas de centros de formación terciaria y de empresas de tecnología, rodeados de vastos espacios verdes casi sin árboles, del tipo de las ciudades recientes construidas en tiempo récord.

A unos trescientos metros del río Charles –ahora con una capa de hielo– que la separa de la aristocrática Boston y, dentro de Cambridge, a unos tres kilómetros de Harvard y sus tradiciones, el perfil desolado del MIT y sus alrededores es como una porción de siglo XXI colocada entre dos padres fundadores: los de la historia y los de la vida académica de Estados Unidos. El Instituto, que nació como una Escuela de Ingeniería y que luego protagonizó la revolución tecnológica estadounidense de la posguerra ya como una Escuela de Ciencias y Matemáticas, responde a una concepción diferente de la actividad científica y probablemente a un vínculo más estrecho con el mundo industrial.

Aun cuando Noam Chomsky no dejó al MIT al margen de su activo cuestionamiento del poder y organizó muchas conferencias políticas y reuniones de discusión en las propias aulas del Instituto, este notable referente mundial de la lucha contra la globalización de Washington es allí un académico más. Desde luego que un académico del que investigadores y alumnos están orgullosos, pero no la celebridad que en escenarios como el Foro Social Mundial de Porto Alegre ha llegado a convocar a 20.000 personas para escucharlo en un estadio. Y ocurre no sólo porque estamos en un ámbito académico, sino también porque en Estados Unidos Chomsky es silenciado por los grandes medios, incluso por medios progresistas, y muchos de los universitarios e intelectuales con quienes se cruza todos los días probablemente desconocen lo que él dice sobre el gobierno de Bush, sobre la reciente guerra de Irak, sobre el conflicto árabe-israelí y la censura en los medios estadounidenses.

Noam Chomsky hizo un espacio en su abrumadora agenda y concedió a este periodista dos encuentros en su oficina a fines de febrero pasado y un intercambio de mails que se extendió hasta agosto para que este libro pudiera realizarse. Siempre en su tono notablemente bajo de voz y, como una suerte de experto en ser entrevistado, Chomsky fue colocando en su fluida exposición cada una de las piezas del tablero mundial del siglo XXI, caracterizado por un poder hegemónico, dibujando a Estados Unidos como un artefacto *extraño que es, a la vez, la mayor democracia del mundo y es gobernado por una elite autoritaria que desprecia la democracia. En su versión, un sistema de poder perverso que manipula a los ciudadanos y que reúne a los dos grandes partidos, a las corporaciones, a una franja muy especial de abogados, al poder militar y también a los grandes medios de comunicación.*

En tiempos en que los argentinos discutimos las privatizaciones de los '90, Chomsky nos dice que el verdadero

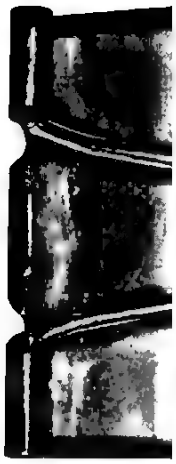
objetivo de las privatizaciones en su país es cerrar otro de los grifos de la democracia y dejar que los servicios esenciales sean manejados por verdaderos tiranos. Invita a pensar cómo se gobierna su país instilando miedo en toda la sociedad y llevando con ese ardid a que se desplace la insatisfacción general con las políticas conservadoras de Bush, con la misma matriz que ya aplicó Ronald Reagan un cuarto de siglo atrás. Cada respuesta de este brillante intelectual lo muestra dominando una información impresionante.

A nuestro pedido, el entrevistado señaló a su colega Morris Halle, vecino de oficina y amigo de toda la vida, como aquel a quien podíamos pedirle testimonio sobre él. Las reflexiones y los recuerdos de Halle refuerzan, a entender de quien escribe, el interés que suscita el protagonista de este libro.

El tiempo limitado de los encuentros con Noam Chomsky obligó a dejar afuera de la charla algunos temas esenciales, como sus aportes revolucionarios en el campo de la lingüística, que hubieran requerido no menos del doble de las páginas de este libro. También desesperamos por no contar con más tiempo para que extendiera sus agudas reflexiones sobre la forma en que funcionan los medios estadounidenses y los mecanismos de censura de los cuales él mismo es una de las más notables víctimas.

No obstante, este autor cree que las ideas que aquí expone Chomsky constituyen, estas sí, una auténtica Hoja de Ruta *para indagar críticamente en las zonas más oscuras que presenta el nuevo siglo.*

Jorge Halperín
Septiembre de 2003



Noam Chomsky,
Bush y los años del miedo

A Noam Chomsky el gobierno norteamericano lo espía. Cuando lo entrevisté a principios de este 2003 en sus oficinas del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), en Cambridge, EE.UU., me dijo: *"Probablemente, esta conversación esté siendo escuchada por la Administración de Seguridad Nacional. ¿Nos importa? ¡No, qué van a hacer!... Le voy a contar un pequeño secreto de cómo son las cosas: en un país como éste, la mejor defensa contra la represión del gobierno es ser completamente abierto y público, como es mi caso".*

Sin embargo, su amigo de casi toda la vida, Morris Halle, quien es, como él, lingüista del MIT, tiene otra explicación: *"Si (a Chomsky) se lo hubiera considerado una amenaza, probablemente habrían hecho algo. Pero él puede expresar lo que quiere, porque aquí casi nadie cree en lo que él dice. Si mucha gente empezara a creer en lo que dice, entonces, tal vez, las cosas podrían ser distintas. La represión política existe en Estados Unidos, pero funciona de una manera mucho más sutil".*

De hecho, esta suerte de tábano del gran imperio, este científico social que, en las últimas décadas del siglo XX y en el amanecer del nuevo siglo, viene asumiendo el papel del cronis-

ta irritante, de testigo que levanta el dedo acusador contra el poder de su propio país llamándolo "El gran Estado terrorista", es prácticamente ignorado por los medios de comunicación norteamericanos, incluso muchos de registro *progresista*.

Noam Chomsky está considerado el padre de la lingüística formal, alguien que ha subrayado con su trabajo científico el enorme potencial de creatividad con el que nacemos. Como lo señaló hace tiempo un colega de la revista *Rolling Stone*, es probable que fuera ese mismo acento en el tema de la libertad lo que lo llevó a denunciar el poder aplastante del imperio y llegar a ser hoy la estrella entre los referentes de la izquierda mundial o lo que queda de ella. Chomsky pudo reunir a 20.000 personas que fueron a aclamarlo a un estadio en la segunda edición del Foro de Porto Alegre y, no obstante, es una voz casi inaudible en su propio país.

Alguna vez, *The New York Times* dijo que Chomsky podría considerarse *"el más importante de los intelectuales vivos"*, y obviamente no se refería sólo al notable trabajo que hizo en el campo de la lingüística. Sin embargo, hoy él mismo confiesa que el más importante diario del mundo lo silencia hasta el punto de no concederle siquiera espacio para una carta de lectores de cinco líneas. Y lo mismo le sucede con el resto de los grandes medios estadonidenses, a excepción de las publicaciones alternativas y de izquierda.

Desde luego que Chomsky tiene una explicación: *"Si existiera un dictador fascista racional, elegiría el sistema estadounidense. La censura del Estado ya no es necesaria cuando el totalitarismo ideológico está garantizado por sistemas más complejos y más difundidos"*.

Por eso, él mismo se sorprendió ante las ventas masivas que logró en Estados Unidos su último libro, *9/11/2001*, a propósito de los trágicos atentados contra las Torres Gemelas. Fue una sorpresa absoluta para todo el mundo. Silenciado en los medios y sin publicidad, el libro alcanzó efectivamente ventas notables y consiguió con eso la paradoja de darle un mayor protagonismo a esta voz crítica justo en el momento menos pen-

sado, cuando Estados Unidos adhirió a la proclama guerrera de George Bush hijo. Mientras tanto, en un mundo globalizado bajo la férrea mano hegemónica de Washington, el brillante intelectual estadounidense que transita sus 75 años es hoy el abanderado mundial de la lucha contra esta globalización.

Al otro lado del océano Atlántico, el escritor Manuel Vázquez Montalbán, otro lúcido intelectual, habló del libro y denunció un *operativo silencio* en España. Escribió: *"Debería ser un libro imprescindible contra el prejuicio anti estadounidense, y no se entiende la batería seguidista con la que la mayor parte de los medios españoles de información lo han silenciado"*. Vázquez Montalbán destaca a un Chomsky que tiene *"un americanismo políticamente incorrecto y exige un radical respeto por los valores democráticos (...). Totalmente opuesto al nihilismo apocalíptico convocado por el terrorismo fundamentalista, Chomsky, en cambio, propone que no se ignore todo cuanto el sistema haya podido hacer para provocar una respuesta más antiimperialista que estadounidense"*.

No se trata de que Noam Chomsky sea una voz en el desierto, aunque lo parece. Antes, durante y después de la guerra de Irak también clamaron y claman al cielo intelectuales estadounidenses como Susan Sontag –que confesó a este autor su admiración por Chomsky, aun cuando han mantenido públicas diferencias–, Norman Mailer, Gore Vidal, Paul Auster, Paul Krugman, Martin Sheen, Tim Robbins, Susan Sarandon, Jessica Lange, Sean Penn y un número importante, aunque nunca masivo, de intelectuales, artistas y gente de la cultura. Pero Chomsky es quien ha ido más lejos en la disección del complejo sistema de poder del imperio.

¿Cómo ha podido surgir una figura de estas características en el interior de la mayor potencia del mundo? Hay que remitirse a una historia que comienza en 1928 y que se va templando en los días de la Gran Depresión, en el hogar neoyorquino de un matrimonio judío inmigrado de Lituania. Sus padres eran profesores de hebreo y trabajaban en templos. El papá de Chomsky era más que un maestro de lengua. Era un académico que inves-

tigó la gramática hebrea y publicó libros sobre el tema. Chomsky ha contado que muchos de sus parientes participaron activamente en movimientos de izquierda y obreristas. Incluso su propio primer artículo en un diario estudiantil fue una reflexión sobre la caída de Barcelona, en la Guerra Civil de España.

El joven estudiante se fue interesando por la tradición marxista, pero también fue fijando una visión crítica del socialismo "real". Ya como estudiante de la Universidad de Filadelfia, comenzó a militar en una organización judía opuesta al Estado israelí en Palestina. Esta organización abogaba por una cooperación árabe-judía sobre una base socialista. Curiosamente, fueron esos mismos contactos políticos los que introdujeron al estudiante en los vericuetos de la lingüística. Una de sus mayores influencias fue Zelig Harris, un hombre que dirigía el Departamento de Lingüística de la Universidad de Pennsylvania e influyó en Chomsky también con sus ideas vecinas al anarquismo.

No obstante, los años '50 no fueron una etapa hiperpolitizada para el estudiante, aun cuando firmó el petitorio en defensa del matrimonio Rosemberg, llevado a la silla eléctrica bajo la acusación de espiar para la Unión Soviética, y participó en manifestaciones en defensa de los derechos civiles. Son los años de su beca en Harvard, y el encuentro en el MIT con su amigo Morris Halle y con el célebre lingüista Roman Jakobson. En 1955, Chomsky ingresa en el Laboratorio de Investigación de Electrónica del Instituto, y junto a Halle le dan un extraordinario impulso, llegando a establecer un doctorado.

Incluso en su etapa "políticamente tranquila", cuando virtualmente no había activismo alguno en las aulas del Instituto, ciertas actitudes de Chomsky lo marcan entre sus colegas como alguien distinto. *"Recuerdo que fui la primera persona que se negó a cumplir con la acreditación de seguridad para ingresar a un laboratorio financiado por militares, trámites que la gente aceptaba rutinariamente. Bueno, se me consideraba una persona tan rara que sospecho que debo haber sido el primero en hacer algo semejante".*

La carrera espacial entre las dos superpotencias tuvo un im-

pacto notable en el Congreso estadounidense cuando en 1957 los rusos lanzaron al espacio el Sputnik, su primer satélite, y este lanzamiento dio un impulso extraordinario a las ciencias en Estados Unidos. Cuenta Chomsky que el MIT empezaba a evolucionar de la Escuela de Ingeniería que fue durante los años '50, a la Escuela de Ciencias y Matemáticas, y a la visible vanguardia científica estadounidense en que se convirtió en los '60. Pero los *años rebeldes* también trajeron para Noam Chomsky su definitivo lugar como el gran referente de la protesta.

Hace tiempo, confesó: *"Mirando hacia atrás, considero que llegué tarde a comprometerme. Sólo cuando empezó la escalada de la guerra de Vietnam me dispuse a jugar un papel político verdaderamente activo. Temo que sea demasiado tarde".*

Podría decirse que, a partir de sus cuarenta años y hasta hoy, su papel como un intelectual brillante y como un agitador mundial ha sido incansable. Ha publicado gran cantidad de libros de reflexión política y viaja por el mundo sin tregua.

En las aulas del MIT siguió adelante con su proyecto de lingüista y, paralelamente, con su activismo, organizando actos públicos en los que siempre se cuestionó al establishment norteamericano, a sus políticas domésticas y a su creciente papel como el gendarme mundial.

En esas mismas aulas de lo que fue un viejo edificio de madera durante la Segunda Guerra Mundial y hoy es un complejo de oficinas, a metros del río Charles que separa Cambridge de la aristocrática Boston, Chomsky me recibe en su oficina.

En términos urbanísticos, Cambridge combina la funcionalidad fría y monótona del barrio de megaedificios y grandes espacios vacíos donde está situado el MIT con la tradicional Harvard, de mansiones eduardianas y residencias estudiantiles, a unos 4 kilómetros del Instituto. Pero el contraste es sólo aparente: tanto Harvard como el MIT conforman el centro de la modernidad estadounidense, la elite del pensamiento académico de este país de 250 millones de personas.

La oficina de Noam Chomsky es impersonal. Está la

multitud de libros y papeles imaginables. Y está Chomsky con su agenda cronometrada, su aire juvenil, lejos de representar los 75 años que marca su reloj biológico (viste un sweater azul, jeans y zapatillas negras en un elegante *decontracté*; habla velozmente y revela una memoria extraordinaria). Su serenidad y el bajo volumen de su voz contrastan con el personaje público que emplea el discurso más duro para hablar del poder. Chomsky es padre de tres hijos, dos mujeres y un varón.

—Ni los países más críticos de la invasión a Irak ni las protestas mundiales más masivas de la historia pudieron frenar la acción norteamericana. ¿Cómo se ven los hechos ahora, cuando las tropas invasoras ya llevan varios meses allí?

—Es cierto que la oposición pública a la guerra, que fue enteramente sin precedentes, no frenó la invasión. Pero sí tuvo efectos significativos. Forzó al gobierno a recurrir a una masiva campaña propagandística, con la cooperación de los medios, para convencer a un público poco dispuesto o poco entusiasmado, de que Irak constituía una inminente amenaza para Estados Unidos y que estaba involucrado en el terrorismo, incluso en los ataques del 11 de septiembre. El público ahora sabe que se trataba de invenciones, y eso debilita la ejecución y alza las barreras contra futuras operaciones. Un problema de recurrir a las mentiras es que, cuando se sabe la verdad, la gente experimenta un gran escepticismo hacia el futuro. Más aún, Estados Unidos fue forzado a sobrellevar la guerra esencialmente solo, y ahora enfrenta los severos problemas y costos de la reconstrucción virtualmente solo. Eso también alza las barreras contra futuras agresiones. Es igualmente sugestivo que la campaña propagandística no tuvo éxito para convencer a la población estadounidense de aceptar el esencial principio que Washington estaba buscando establecer: que Estados Unidos tenía el derecho a usar la fuerza militar libremente contra potenciales desafíos hacia su hegemonía global. Esa fue la tesis básica de la Estrategia Nacional de Seguridad, declarada en

septiembre de 2002 cuando empezaron a batir tambores de propaganda alrededor de la imaginaria amenaza iraquí hacia la seguridad de Estados Unidos. Irak fue elegido para ser el *test case* que instalara la doctrina. Hacia el final oficial de la guerra, sin embargo, la mayoría de la población estadounidense prefería que las Naciones Unidas tomaran la delantera en el manejo de los conflictos internacionales. Estos también son hechos importantes como saldo de la guerra.

De todas maneras, la verdadera importancia de la oposición depende de cómo el público interpreta lo que sucede. Si se consigue impulsar un mayor activismo, será un éxito. En cambio, si se lo deja languidecer como un episodio más que ya es pasado, entonces la oposición fracasó.

En el mismo Irak, Estados Unidos debe, de alguna manera, establecer una sociedad que funcione mientras va transfiriendo los costos, tanto como le es posible, a los aliados. La meta más probable es establecer lo que los británicos, en un día iluminado, llamaron "una fachada árabe", o sea un Estado que tenga los ornamentos superficiales de la independencia y hasta algunas de las prácticas formales de la democracia, pero con Gran Bretaña permaneciendo en el control. Ahora va a ser Estados Unidos quien se encuentre en el control. Los programas económicos que han sido anunciados siguen el estandarizado modelo neoliberal, con el intento de transferir el control de la economía iraquí a corporaciones multinacionales e instituciones financieras, la mayor parte basadas en Estados Unidos. Los planes requieren colaboración local en los campos políticos y económicos, y también en las fuerzas de seguridad. En general, las fuerzas de ocupación han tenido éxito en el logro de tales metas, salvo cuando son extraordinariamente brutales. Es muy probable que Estados Unidos también establezca una importante base militar en Irak, como lo ha hecho en Kosovo, Afganistán y los países de Asia Central. Una base militar en Irak será la primera en el corazón de la mayor región de producción energética que es verdaderamente confiable, siempre que a Irak no le sea permitido ir más allá de la independencia formal.

Fue ampliamente alertado por las agencias de inteligencia y de análisis estratégico que la invasión de Irak conduciría a la proliferación de armas de destrucción masiva y de terror. Informes preliminares de las mismas fuentes indican que estas expectativas probablemente se van a cumplir.

Un "Canalla" en las fronteras árabes

—Se ha dicho que, con cerca de 150.000 soldados en Irak y con tropas en Afganistán, Estados Unidos tiene hoy fronteras con los llamados "Estados canallas", como Siria e Irán, y con las principales guerrillas árabes. ¿Podría esto traer cambios profundos y permanentes en el área?

—La principal importancia de la presencia militar estadounidense radica en afirmar el control de Estados Unidos sobre las reservas energéticas de Oriente Medio, por lejos las más significativas del mundo, con expectativas de convertirse en más significativas aun en los años venideros. El sistema de bases militares de Estados Unidos se ha ido desplazando desde Europa Central hacia el Este, y es posible que las bases estadounidenses en Turquía también se muevan hacia una posición más cercana a la región de producción energética, a Irak. En lo que concierne a Irán, hubo informes creíbles por un tiempo de que Estados Unidos viene buscando socavar y tal vez hasta dividir el país, fomentando tendencias separatistas y a través de las presiones externas de una alianza Israel-Turquía-Azerbaiján y tal vez India, dominada por Estados Unidos. Pero eso no es un asunto sencillo. Turquía tiene una buena razón para querer unirse a otros países cercanos en su búsqueda de integrar a Irán pacíficamente dentro de la región. Además, Turquía e Irán son, muy naturalmente, socios comerciales. India tiene también sus propias razones independientes para buscar mejores relaciones con Irán. China está sumamente preocupada por el aumento del control estadounidense de los principales suministros de energía del

mundo y de las rutas marítimas utilizadas para el transporte. China no quiere ser dependiente de Estados Unidos, por razones obvias, y está persiguiendo vigorosamente el acceso independiente a la energía, primariamente de Siberia, pero también de Asia Central e Indonesia. La región del Nordeste de Asia es la más dinámica del mundo, con los principales centros manufactureros en crecimiento, al igual que las fuentes de energía y la materia prima, y una considerable riqueza; ya mantiene cerca de la mitad del total de las reservas mundiales en moneda extranjera. Es potencialmente una región integrada que podría perseguir un sendero independiente en los asuntos mundiales, tal como puede hacerlo Europa. Hace mucho que se están cociendo problemas de orden mundial a fuego lento. Y se están convirtiendo en más importantes.

En cuanto a Israel-Palestina, no hay hasta el momento ninguna razón para creer que Estados Unidos está apartándose de la antigua política que ha perseguido desde los '70, a saber, asegurar que Israel ganará el control permanente sobre las partes valiosas de la Franja Occidental y que los palestinos estarán sujetos a algunos arreglos al estilo de Bantustán. Claro que si estas políticas siguen adelante, seguramente van a ser fuente de conflictos y tensiones en toda la región. Otra fuente de tensión es el stock de armas de destrucción masiva de Israel, y su enorme fuerza militar –según sus propias estimaciones, mayor que cualquier Estado europeo de la OTAN–. Por supuesto que podrá mantener esta posición en tanto siga sirviendo como una base militar estadounidense *offshore*, con una economía con predominio de alta tecnología militar, y estrechamente ligada a Estados Unidos. Hasta el Comando Estratégico estadounidense, que controla armas nucleares, está preocupado por el grave riesgo de proliferación causado por esta situación.

La activa militancia y la agresividad estadounidenses han aumentado considerablemente el miedo y el disgusto, a veces el odio que siente esta región hacia el gobierno de Washington. Las últimas encuestas internacionales han revelado también que la gran mayoría de las poblaciones desde Marruecos hasta el

Golfo Pérsico quiere ver una mayor participación de los religiosos islámicos en la política, y casi unánimemente se cree que la ocupación estadounidense de Irak está motivada sólo por el interés en controlar el petróleo de Medio Oriente y apoyar la extensión del poder israelí. Desde luego que es deseable y esperanzador que vaya a haber en la región movimientos que apunten a fortalecer la democracia. Pero, si a la población se le diera voz, no es probable que sea una voz que Estados Unidos quiera oír, o que vaya a tolerar.

Hay tantas incertidumbres, tantas fuentes de tensión y conflicto, que es muy difícil hacer un pronóstico de lo que va a pasar.

—Se ha escuchado mucho aquello de que la intervención en Irak tornará más cercano el logro de la paz entre israelíes y palestinos. ¿Cuál es su opinión al respecto?

—Depende de qué tipo de paz usted tenga en la cabeza. Desde cierto punto de vista, las conquistas de Hitler en Europa podrían haber traído paz –tal como fue su proclamado intento–.

Hasta los más monstruosos regímenes adoptan la retórica más exaltada. Y las conquistas alemanas hubieran traído "paz", si no hubiera sido por la derrota que los rusos infligieron a los ejércitos alemanes y por la acción de Estados Unidos y de Gran Bretaña. Ahora, Estados Unidos espera que esta nueva demostración imponente de poder traiga la clase de paz que produce la rendición. No hay indicios de ningún cambio significativo en las políticas estadounidenses de los últimos 30 años, que han minado el sistema internacional al actuar como fuerza de ocupación, con ajustes menores. La *Hoja de Ruta* es enteramente consistente con los programas israelo-estadounidenses de cantonización de la Franja Occidental. Recibiendo un apoyo constante y enormes fondos, Israel sigue creando "hechos consumados" como ha sido siempre su política, mientras continúan las conversaciones y los propagandistas se

llenan la boca con el maravilloso carácter "visionario" de Bush, absolutamente vago en realidad, pero seguramente no acomodado al modelo de consenso internacional de los últimos treinta años.

—Al menos por un cierto tiempo, la opinión pública estadounidense pareció indiferente al hecho de que no se encontraban armas de destrucción masiva en Irak y que las denuncias de Washington de que Saddam Hussein compró los componentes para armas nucleares fueran mentiras. ¿Está cambiando esto de algún modo?

—Es muy difícil de predecir. Inicialmente, no había ninguna preocupación respecto de Watergate hasta que fue expuesto, y lo mismo pasó con otros escándalos. En parte, la razón es que la mayoría de la gente ya sabe que los gobiernos mienten. La confianza en el gobierno es baja y ha venido cayendo durante muchos años. Por otra parte, aquellos que quisieron creer en esa retorcida propaganda oficial, no deben estar muy dispuestos a enfrentar el hecho de que fueron tan fácilmente engañados. Enfrentar las implicancias de eso puede no ser psicológicamente muy fácil, y una vez que las fuerzas militares son desplegadas al otro lado del mar, el pensamiento crítico por lo general declina, al menos por un tiempo.

—El presidente Bush no tiene últimamente demasiada suerte en obtener el apoyo de muchos países para reemplazar sus tropas en Irak. ¿Puede Washington costear políticamente las hostilidades de los iraquíes por mucho tiempo?

—Ahora Washington espera que otros lleven el peso de la carga y de los costos. Pero es difícil cumplir con eso sin abandonar el control de Irak, el principal propósito de la guerra. Se trata de un dilema nada sencillo de resolver. El resultado depende mucho de factores impredecibles: ¿cuál va a ser el nivel de resistencia o de colaboración dentro de Irak?

¿El enemigo en Los Andes?

—¿Cree usted que en el futuro cercano Washington podría ejecutar nuevas intervenciones militares en países como Irán, Siria o Corea del Norte?

—Yo creo que es improbable. Una razón es que esta invasión resultó mucho más costosa que lo que se calculaba, tanto en materia de la opinión pública local como en lo sucedido en tierra iraquí. Por supuesto, nunca hubo ninguna duda seria acerca de una rápida victoria militar. No era una "guerra" en el verdadero sentido, no pudo haberlo sido nunca. Pero hay otros costos. Irán no es un buen blanco de ataque porque puede defenderse a sí mismo. Por lo cual, otros medios para minarlo son más viables. Corea del Norte, en el presente, tiene un impedimento: dispone de artillería masiva apuntada a Seúl, la capital de Corea del Sur. A menos que el Pentágono pueda desarrollar una solución técnica para eso, resulta improbable un ataque estadounidense –aparte del hecho de que en la región hay una fuerte oposición a eso, y que los países implicados allí son por lejos más poderosos, influyentes e independientes que los Estados del Golfo–. Dudo de que pueda haber un ataque en Siria, pero si fuera intentado, la tarea será probablemente encomendada a Israel. Debería agregarse que hay otros blancos potenciales: la región andina, para mencionar uno.

—¿Está pensando en Colombia? ¿Cree que Washington podría enviar tropas allí?

—Estados Unidos ya tiene tropas en Colombia, pero lo que tengo en mente es la región andina, incluyendo Venezuela, Perú, Ecuador, partes de Brasil, quizá Bolivia, toda una región que presenta un estado de conmoción, en donde los clientes de Estados Unidos no consiguen un control efectivo de la situación. Estados Unidos posee una red de bases militares desde Centroamérica hasta las Islas Holandesas, pasando por Ecuador,

y un importante número de tropas como también de mercenarios "privatizados", como los DynCorps. Toda esa zona es también una región que preocupa mucho a Washington. Las proyecciones que han hecho las agencias de inteligencia para los próximos 15 años indican que Estados Unidos va a contar primariamente con los recursos energéticos del área atlántica, es decir Africa Occidental, y con la región andina jugando un papel prominente en su esquema para el Hemisferio Occidental.

—¿No se siente como el cronista irritante del gran imperio?

—Sé que les resulto irritante a algunas personas, pero espero alentar a otras. Por ejemplo, cuando estuve en Porto Alegre, a principios de este año, no sentí que estaba irritando a la gente, porque era gente con la que me gustaba hablar.

—¿A quién le resulta irritante?

—A la gente que no quiere escuchar.

—¿Al imperio mismo?

—Estoy seguro de que hay mucha gente que no quiere escuchar este concepto de cómo es el mundo actualmente. Son los demás los que tienen que decidir si es preciso escuchar o no. Hay mucha gente que parece sentir que los ayuda a entender, a actuar y les permite corregir lo que está mal y demás. Eso es bueno. No puedo pedir más que eso.

—Somos conscientes de que no hubo en la historia humana un imperio como éste, con semejante poder. Ni siquiera el imperio romano fue tan poderoso. Este es realmente el imperio mundial.

—Las cosas nunca son tan simples. Si usted analiza la

fuerza militar, es verdad. En términos de dimensión militar, no hubo nada que se correspondiera ni remotamente con la dominación militar del mundo que tiene Estados Unidos. Pero siento que en términos de fuerza económica, industrial y financiera, no es verdad. El mundo, en los últimos 30 años, fue bastante tripolar. Hay un sistema europeo centrado principalmente en Alemania y Francia; hay también un sistema asiático, centrado en Japón y con China, también ejerciendo un papel allí; y hay finalmente un sistema estadounidense centrado en Estados Unidos. Todos están más o menos a la par, siguiendo diferentes direcciones. En términos de reservas financieras, los asiáticos, en realidad, fueron mejores. Si uno analiza lo que muchas veces se llama el "poder blando", en el ámbito cultural y otras influencias, por ejemplo, la cosa está bastante mezclada. Uno encuentra McDonald's en todas partes del mundo, pero también encuentra videojuegos japoneses en todas partes del mundo. Y, de hecho, es una historia muy compleja. Si uno analiza la opinión pública en el mundo, que a decir verdad es muy importante, aun en países dictatoriales –Ceaucescu fue derrocado por el pueblo, no por una invasión externa–, es decir que importa en países dictatoriales y, mucho más, en países más democráticos. Bueno, si uno analiza la opinión pública mundial, Estados Unidos está profundamente aislado. Mucho más que en cualquier momento de la historia. Esto resulta dramático en el caso de Irak. En ese caso, la opinión pública mundial estuvo tan abrumadoramente en contra, tan fuertemente en contra que la prensa norteamericana ni siquiera publicaba fuentes importantes de información, como las encuestas de Gallup. Esta firma no es una organización oscura, pero las encuestas internacionales de Gallup sobre la actitud frente a Irak apenas fueron mencionadas y, sin embargo, son imposibles de ocultar. De hecho, es asombroso ver cómo las principales manifestaciones del mes de febrero de este año, y también durante la guerra, tuvieron lugar en países cuyos líderes apoyaron la guerra. Las principales manifestaciones se produjeron en Gran Bretaña, España, Italia. Esos son los tres países europeos cuyos líderes actuaron a favor

de la guerra. Es suficientemente conocido que, en el caso de la opinión pública de Italia, probablemente el ochenta por ciento de la población estaba en contra de ir a la guerra bajo cualquier circunstancia. En España, las encuestas arrojaron que el ochenta y cinco por ciento de la gente se oponía a la guerra bajo cualquier circunstancia. El primer ministro Aznar vio cómo su partido se ubicaba en segundo lugar, detrás de la oposición, por primera vez en seis años. Y lo mismo sucedió en Hungría, con un ochenta y cinco por ciento en contra. Si uno analiza el apoyo a la guerra que Bush, Blair y Powell anunciaron en su momento, lo que dijeron es "tenemos el derecho a ir a la guerra por poder legítimo propio". Es lo que llaman "nuestra coalición de voluntad". Si las Naciones Unidas quieren aprobarlo, muy bien. Si no, da lo mismo. Si uno analiza la opinión pública sobre esa guerra, no hay un solo país donde el apoyo a la guerra haya superado el diez por ciento. Ese es un nivel de oposición extraordinario. Y no se trata exclusivamente de la guerra. Eso es simbólico. La gente está muy preocupada por el poder de Estados Unidos. Tomemos, por ejemplo, el caso de Canadá, un país que está muy vinculado a Estados Unidos. Las actitudes hacia Estados Unidos en Canadá, si usted quiere, son muy positivas. El setenta y cinco por ciento de la población piensa que Estados Unidos es un país maravilloso. Pero la gente que en Canadá opina que Estados Unidos es la mayor amenaza para la paz mundial es aproximadamente el doble de la que, en el peor momento, le ha asignado ese ranking a Irak y Corea y muy superior que Al-Qaeda. Y eso está muy generalizado. Sucede algo parecido en Alemania, en Austria. El eje de discusión en el Foro Económico Mundial –que se reunió a principios de año simultáneamente con el Foro Social Mundial– era "generar confianza", y la razón para eso fue que una encuesta internacional sobre confianza y liderazgo en todo el mundo había arrojado resultados verdaderamente esclarecedores. Detectaron que había una marcada caída de la confianza, pero las cifras resultaban muy interesantes. El único grupo que identificaron que tenía incluso el cincuenta por ciento de confianza, lo cual no es mucho decir,

eran las ONGs y prácticamente al mismo nivel estaban las Naciones Unidas y los grupos religiosos. Las ONGs, las Naciones Unidas y los grupos religiosos, según las encuestas, contaban con una buena cuota de confianza, que después decae. A continuación estaban los líderes de Europa Occidental. Debajo, los ejecutivos corporativos y, en la última categoría que existía, figuraban los líderes de Estados Unidos, que contaban con el veinticinco por ciento de confianza. Eso significa, esencialmente, cero, porque en una encuesta si uno le pregunta a la gente si confía en una figura poderosa, un alto porcentaje va a decir que sí, no importa de quién se trate. Volviendo a su pregunta, hay una presencia de una fuerza militar extraordinaria y, en términos económicos, Estados Unidos es un país rico pero no dominante. En términos culturales y otras influencias, es uno del montón. Y en términos de la actitud de la opinión pública mundial frente a sus líderes, es extremadamente hostil. De hecho, tal como sucede con la dimensión militar, no tiene precedentes. Hay dos fenómenos, entonces, que no tienen precedentes: el poder militar y la oposición de la opinión pública. Y no es sólo el tema de la guerra en Irak, sino la intención manifiesta y abierta, porque no se esconde nada, de dominar al mundo por la fuerza y asegurarse de que nunca vaya a existir ninguna competencia en el futuro. Eso se manifiesta de manera absolutamente pública, prácticamente con estas palabras, en el Informe de Estrategia Nacional que se publicó en septiembre del año pasado en el *Nuclear Posture Review*. Y causó una gran preocupación y una gran ansiedad, incluso dentro del establishment aquí en Estados Unidos. Así que resulta que dentro de la oposición pública está la propia elite de la política exterior, o una buena parte de ella, aquí en Estados Unidos. En los primeros meses de este año, las dos publicaciones principales dedicadas a la política exterior norteamericana –*Foreign Affairs* y *Foreign Policy*– presentaron grandes informes donde criticaban la guerra en Irak y el contexto en el que se producía. La Academia de Ciencias y Artes de Estados Unidos, que raramente toma partido en temas controversiales, ya que no es su

rol, publicó también un trabajo sobre el tema.

—¿Usted piensa, acaso, que el apoyo que se vio en la opinión pública norteamericana a la decisión de Bush de declararle la guerra a Irak fue sólo una construcción ideológica?

—Bueno, es cierto que hasta acá me he referido mayormente a la opinión pública mundial y a la opinión del establishment norteamericano, pero casi no he hablado de la opinión pública norteamericana. Pero, ¿qué sucede con la opinión pública norteamericana? Es un fenómeno interesante y aquí hay que mirar más detenidamente. Ha habido un apoyo mayoritario a la guerra con la autorización de las Naciones Unidas, muy superior incluso que en otras partes del mundo, para una intervención unilateral. Por otra parte, para entender estas cifras hay que entender otra diferencia entre Estados Unidos y cualquier otro país. Es interesante porque la gente que se dedica a hacer encuestas no formula esta pregunta, porque saben cuál va a ser la respuesta. Si usted preguntaba en otros países, como Argentina, Francia o Kuwait: "¿Le tiene miedo a Saddam Hussein?". Nadie le tenía miedo. Probablemente lo despreciaran, pero no le tenían miedo. Sabían que Irak es el país más débil de la región y que sus gastos militares y su producto bruto interno alcanzan apenas la tercera parte de los de Kuwait, a pesar de que Kuwait tiene el diez por ciento de su población. De modo que, por razones que todos conocemos, Irak se convirtió en el país más débil de la región. Todos piensan que Saddam Hussein es un monstruo, todos lo odian y creen que había que desembarazarse de él, pero no le tenían miedo. Excepto en Estados Unidos. En este país, desde septiembre del año pasado –y la fecha es importante– entre el sesenta y el setenta por ciento de la población creía que si no frenábamos a Saddam Hussein ya él vendría por nosotros mañana. Ese es un fenómeno único en el mundo. No hay nadie en el mundo que piense esto. Y ese es un factor importante en los resultados de las encuestas. Si uno le preguntaba a la gente por qué estaba a

favor de una guerra, decían: "Bueno, tenemos que hacerlo, va a venir a matarnos".

Las raíces del miedo

—¿La gente confundió a Osama Bin Laden con Saddam Hussein?

—En general, eso no está muy claro. Pero un dato sorprendente respecto de Estados Unidos, que no se tiene en cuenta, es el factor miedo que explica un poco la actitud hacia la guerra. Ahora, ¿de dónde viene todo esto? Es un fenómeno interesante. En parte es limitado, pero en parte es mucho más amplio. Que sea un fenómeno limitado está explicado por el hecho de que las encuestas comenzaron en septiembre de 2002. Septiembre, por otra parte, es el mes en que empieza la campaña electoral parlamentaria de mitad del período. Y cuando comenzó esa campaña, se empezaron a escuchar los ruidos de guerra. Cuando se inició la campaña, los candidatos empezaron a aparecer por televisión diciendo que lo próximo que íbamos a ver era un hongo nuclear en Nueva York; "saquémonos a este tipo de encima", reclamaban. Luego venían las declaraciones apasionadas de Bush y Powell y todos los demás sobre cómo el monstruo va a venir por nosotros si no lo frenamos. En ese momento, el miedo empezó a crecer y se mantuvo alto, lo suficientemente alto como para permitir que esta administración ganara las elecciones. Y hay algo detrás de todo esto. La administración Bush está llevando a cabo un ataque muy serio contra la población en general. Y a la población esto no le gusta, naturalmente. De modo que, en términos económicos y sociales, en el área de salud, por ejemplo, la población ya se mostraba fuertemente en contra del gobierno. Y la única cosa que se les ocurrió a los líderes para superar esto fue asustar a la gente. Si uno logra que la gente le tenga miedo a un enemigo externo que va a venir a destruirlos, van a terminar votando por uno. Simplemente porque la gente confía en que el poder los va a defender. Y eso es más o menos

lo que sucedió. Es más, ésta es una costumbre de la gente que está en Washington. La gente que actualmente está en Washington es la misma gente que dirigió el país en los años '80. Es el reciclado de la administración Reagan y del gobierno de Bush padre, con algunas personas que siguen siendo las mismas y con algunos nuevos discípulos. Pero es básicamente la misma administración. En los '80 hicieron exactamente lo mismo. Implementaron un programa social y económico que era muy perjudicial para la población en general. Los salarios se estancaron; para muchos incluso se redujeron en ese período. Los beneficios también se redujeron. Aumentó el desempleo y se incrementaron las horas de trabajo. Y la población no estaba contenta. Si uno analiza las encuestas de ese momento sobre cuestiones domésticas, cuestiones referidas a la vida cotidiana, cuestiones sociales y económicas, había una fuerte oposición a Reagan. ¿Cómo permanecieron en el gobierno entonces? ¿Sabe cómo? Todos los años aparecía un nuevo pánico. En primer lugar, estuvieron los libios que estaban en Washington para asesinar a su líder. Después vino la base aérea en Grenada, que los rusos iban a utilizar para bombardearnos. Después vino el ejército nicaragüense, que estaba a dos días de distancia de Texas, a punto de conquistar el país y entonces se declaró una emergencia nacional. Después vino el narcotráfico hispano que nos estaba por destruir.

—¿Se podría decir, entonces, que la población estadounidense vive en un estado de pánico, de miedo constante?

—De todo. Todo se siente más en Estados Unidos. Tomemos el caso del delito. Cuando el delito es un problema, el miedo se siente en todas partes. Si comparamos otros países industriales con Estados Unidos, por ejemplo los de Europa o Australia, el nivel de delito es prácticamente el mismo. La única excepción son los asesinatos con armas, pero eso se debe a la cultura de las armas, una cultura demente. Pero, si se analizan otro tipo de delitos, la situación es prácticamente la misma. Por

otra parte, si analizamos el miedo al delito, es muy superior en Estados Unidos. Lo mismo sucede con las drogas. Las drogas son un problema parecido en todas partes del mundo. Pero el miedo a las drogas, el miedo a que las drogas nos vayan a destruir, es mucho mayor en Estados Unidos. Esto se debe a la propaganda constante. El gobierno y los medios, entre otros, están propagando constantemente el miedo a esto o lo otro. Hay un *background* de miedo. Le voy a dar un ejemplo. Cuando mis hijos estaban en la escuela primaria, hace cuarenta años, les enseñaban literalmente a esconderse debajo de los escritorios para protegerse de las bombas atómicas. Es una idea demente. ¿De qué sirve esconderse debajo de un escritorio si alguien arroja una bomba atómica? Pero el punto era instilar miedo. La gente tiene que tener miedo. A comienzos de los años '50 había un miedo tremendo a que los chinos comunistas envenenaran a nuestros jóvenes con drogas. El tema de la droga y los jóvenes era una cuestión importante. Y así sucedió siempre. Estados Unidos tiene un nivel de seguridad que no tiene comparación en la historia mundial. Controla todo el hemisferio, controla ambos océanos, y esto siempre ha sido así.

—Un sociólogo francés, en referencia al sentimiento de los franceses frente al delito y la inseguridad social, dijo que tal vez el propio exceso de seguridad genera una sensación de inseguridad.

—Hay muchas explicaciones posibles. En mi opinión el miedo proviene del poder. Si uno tiene demasiado poder y tiene la ligera sospecha de que ese poder tiene algo de ilegítimo, eso puede conducir a tenerle miedo a la gente que uno está presionando. Creo que en las sociedades donde existía la esclavitud, los dueños de los esclavos les tenían mucho miedo a sus esclavos, aunque estuvieran totalmente bajo control. Creo que esto tiene que ver con el sentido de ilegitimidad del poder, la sensación de inseguridad interna. El miedo a los nativos norteamericanos era inmenso. En mi niñez, los chicos jugaban a que eran

cowboys que mataban a los indios. Lo recuerdo muy bien. Nosotros siempre éramos los cowboys que destruían a los indios; recuerdo que los indios siempre eran inteligentes y que teníamos que tenerles miedo. Y esto tiene profundas raíces en nuestra historia. Este es un país conquistador. Usted y yo estamos hablando aquí porque la gente que vivía aquí fue exterminada. Estados Unidos no tiene conflictos internos del tipo que tienen Europa, Africa y Asia, y la razón es que la población indígena fue borrada del mapa. De modo que no hay grupos que luchen entre sí por sus derechos, porque directamente no existen.

—Es cierto que cuando uno es tan poderoso tiene muchos enemigos...

—Tiene enemigos, pero también tiene miedos. Y algunos miedos se basan en cuestiones objetivas. Por ejemplo, el 11 de septiembre sí existió. Y diez años antes, en 1993, también hubo un intento de volar el World Trade Center que estuvo muy cerca de tener éxito y que habría producido decenas de miles de muertos. Lo que sucede es que, por primera vez en la historia –y hay mucha literatura técnica que lo sustenta–, Occidente no tiene el monopolio de la violencia. Tiene una enorme preponderancia de violencia, pero ya no es un monopolio. Y eso aterroriza a todo el mundo. Aterroriza a Europa, a Estados Unidos y a otros que están acostumbrados a ejercer el monopolio de la violencia. Tomemos el caso de Israel. Durante las ocupaciones, que llevan treinta y cinco años, Israel tenía casi un monopolio de la violencia. Fue inmune a las represalias en los territorios ocupados durante treinta años. Y finalmente perdió esa inmunidad. Hoy sólo tiene una preponderancia abrumadora de violencia, pero no un monopolio. En Estados Unidos, donde todo se presenta solamente desde el punto de vista israelí, la gente se vuelve loca, porque ya no ejercen el monopolio de la violencia. El 11 de septiembre fue una gran sorpresa, porque fue la primera vez que se hizo evidente que el monopolio se había roto. Sigue existiendo una preponderancia enorme, pero el

monopolio ya no existe. Hoy resulta claro –en la literatura técnica es claro desde hace años, pero hoy también lo entiende la población– que hay muchas maneras en que Estados Unidos puede ser atacado.

—Me pregunto cómo hizo George W. Bush para transformar a Osama Bin Laden en Saddam Hussein.

—Antes que nada, hay que recordar que ni él sabe la diferencia. Pero éste es un país que mira para adentro. La gente no sabe demasiado sobre el mundo exterior. Si usted hace una encuesta y pregunta dónde está ubicada Argentina, va a recibir respuestas muy extrañas. Es un país que mira para adentro. De hecho, una de las consecuencias positivas del 11 de septiembre es que la gente tomó conciencia de que tenía que prestarle atención al mundo exterior. Y, en la práctica, hubo un marcado incremento en materia de preocupación, protesta y desacuerdo desde el 11 de septiembre, que ayudó a abrirles la mente a muchas personas. Pero, básicamente, Estados Unidos es un país que mira hacia adentro y, para mucha gente, la diferencia entre Osama Bin Laden y Saddam Hussein es demasiado sutil como para preocuparse, y no puede hacer una distinción entre ambos o entre los indonesios y los árabes. Permítame darle un ejemplo. No voy a mencionar el nombre, porque es bastante vergonzoso. Pero en los años '70, en el MIT, la administración hizo un acuerdo para venderle el departamento de ingeniería nuclear al sha de Irán, que era un verdadero monstruo. Tan pronto como se dio a conocer la noticia, hubo una gran protesta estudiantil. Hubo manifestaciones y hasta un referéndum estudiantil que demostró que el ochenta por ciento de los alumnos se oponía a ese acuerdo. Llegados a ese punto, tuvieron que hacer algo. La mayor parte del claustro docente estaba a favor, algo interesante porque cinco años antes eran alumnos, pero ahora estaban institucionalizados. Y hubo una gran reunión de docentes, yo era una de las personas que me oponía al acuerdo. Cuando salía de la reunión con uno de los decanos –un hombre muy culto que

había estado en Irán en muchas oportunidades–, me dijo: "No entiendo por qué te opones al acuerdo. Siempre pensé que eras pro-árabe". ¡Él pensaba que Irán era un país árabe! Y era un experto en Irán. Imagínese cuando se lleva esto a la gente común y corriente, las distinciones son muy difíciles. Durante la guerra de Nicaragua, por ejemplo, ese era el gran tema de los '80. Estaba en los titulares de todos los diarios. Pero gran parte de la población, incluso los militares, pensaba que Estados Unidos apoyaba al gobierno y se oponía a los contras. El razonamiento era que si apoyábamos al gobierno nos oponíamos a los rebeldes. Y se trataba de gente culta. La concepción de los estadounidenses acerca del mundo es muy limitada. De modo que el hecho de que la gente no distinga entre Osama Bin Laden y Saddam Hussein no es tan sorprendente, simplemente esos tipos están ahí afuera y quieren atraparnos.

—Usted mencionó antes que los grandes medios no publican las cosas que suceden...

—Si usted lee muy detenidamente la prensa más importante de Estados Unidos, puede llegar a entender bastante bien cómo es el mundo. De hecho, si yo tuviera que leer un solo diario en el mundo, elegiría *The New York Times*, porque tiene más información. Pero, junto con esto, la información se modifica y muchas cosas importantes se dejan de lado.

—¿Podría decir que la censura es una consecuencia de la presión del gobierno o son los mismos medios los que eligen el silencio?

—En términos comparativos, Estados Unidos es un Estado débil. Por ejemplo, en Inglaterra el Estado puede ejercer presión sobre la prensa, como lo hemos visto últimamente con el conflicto y el escándalo desatado entre el gobierno de Tony Blair y la BBC. Pero en Estados Unidos, no puede. Puede intentarlo, pero no tiene los medios para hacerlo. Si la prensa decide

reformular la historia, es una decisión propia y voluntaria, una decisión que tiene raíces obvias. En un sentido, forma parte de la estructura institucional de los medios. Los medios son grandes corporaciones que están asociadas al Estado. Y, en parte, se debe a la cultura intelectual.

"Las elites no creen en la democracia"

—¿Es como un actor único? ¿Las corporaciones, el gobierno y ciertos medios se comportan como si fueran un único actor?...

—Las instituciones ideológicas como las universidades también forman parte de ello. Hay una elite relativamente pequeña de gerentes económicos, líderes políticos, gestores ideológicos que comparten intereses y privilegios. Esta gente ve al mundo más o menos de la misma manera. Ninguno de ellos cree en la democracia. Todos creen que la democracia es un gran peligro y hasta lo dicen. Recordemos que, supuestamente, Estados Unidos no debía ser una democracia. Supuestamente, Estados Unidos tenía que ser lo que los científicos llaman una oligarquía. Un sistema donde las decisiones las toma una elite y la población las acepta. El rol del pueblo es aparecer de vez en cuando para elegir a uno de estos líderes de la elite que represente a la gente responsable, y después desaparecer y dedicar su tiempo a cuestiones personales. Hay una pelea alrededor de esto todo el tiempo, porque el público nunca lo admite. Son cientos de años de peleas, pero ése es el panorama aceptado hasta el día de hoy. Por lo tanto, no hay ninguna razón especial para decirle al pueblo la verdad. Sólo hay que mantenerlo bajo control. Y no son sólo los medios. Tomemos el caso de la llamada industria del marketing, desde la publicidad, la televisión, el packaging. Es una gran industria que factura entre uno y dos mil millones de dólares al año. ¿Y en qué andan? ¿Qué están haciendo? Es un país libre, así nos dicen. Si nos remontamos a los años '20, en ese momento la gente del sector de la industria estaba muy

entusiasmada con convertir a todo el mundo en robots. El trabajador en su puesto de trabajo sería como un robot. Todos sus movimientos estarían controlados, regulados...

Rápidamente las elites se dieron cuenta de que también pueden ocuparse de lo que llaman control fuera del trabajo. De la misma manera que controlamos a la gente en el trabajo, la podemos controlar fuera del trabajo y convertirla en robots. Y para eso existe un sistema de propaganda masiva que intenta influir en la gente desde la infancia, para que sus únicos valores sean el consumo personal, sin que le importe otra cosa. A esto se lo conoce como la filosofía de la inutilidad y todo el valor personal está ligado a cuántos objetos inútiles uno puede juntar y cuanto más endeudado esté uno, mejor. Hay un gran esfuerzo por lograr que la gente sea así. Y, en algún punto, es un esfuerzo exitoso.

—*Pero diarios como* The Washington Post y The New York Times *no parecen dirigirse a robots.*

—Los diarios –como *The New York Times* o *The Washington Post,* por ejemplo– son leídos por una fracción muy pequeña de la población. Son leídos por la elite económica y política, pero la población en general no lee los diarios. Le prestan atención a la televisión, pero el objetivo de la televisión no es informar o transmitir noticias. El objetivo de la televisión es vender entretenimiento. Si usted habla con alguien en la industria de la televisión y le pide que describa un programa de una hora, mencionará lo que llaman el contenido y el relleno. El contenido es la publicidad; el relleno es una persecución en auto, una escena de sexo o cualquier cosa en el medio de los avisos publicitarios, lo que mira la gente durante unos minutos entre tanda y tanda hasta que llega la próxima publicidad. Pero el objetivo de todo, obviamente, es la publicidad. El resto consiste en lograr que la gente siga mirando. Y, ocasionalmente, dar alguna noticia, pero no mucho. Esto tiene un efecto de propaganda. La idea es forjar los valores de los espectadores para que

sus valores, esencialmente, se basen en el consumismo ciego. Y todo empieza en la niñez. Si analizo los programas que ven mis nietos, los programas infantiles ya intentan lavarles el cerebro para que se conviertan en consumidores lunáticos, como si nada más importara. Y muchos de los programas sociales están diseñados con el mismo objetivo. Tomemos el caso de las privatizaciones. Las privatizaciones no tienen un motivo económico. El motivo de las privatizaciones es socavar la democracia. Si uno saca las cosas de la arena pública y las deposita en las manos de tiranos privados, la democracia será formal, la gente ya no tomará decisiones. Las privatizaciones ahora están avanzando hacia lo que se llaman servicios, cualquier cosa en la que un ser humano puede interesarse, como el agua, la educación, la salud, las pensiones, cualquier cosa que tenga que ver con nuestra propia vida. Eso es lo que hay que privatizar, porque dejará de ser un tema de elecciones democráticas. La elección estará en manos de tiranos privados que no se harán responsables de nada. En Estados Unidos los temas que hoy se debaten son la seguridad social, las escuelas, la salud. Y si analizamos lo que hay detrás de todo esto, es pura propaganda. Tomemos el caso de la seguridad social. Dicen que tiene problemas económicos. Es una farsa absoluta. Cualquier economista que haya analizado la situación sabe que no hay ningún problema económico, que no hay ningún problema administrativo o burocrático. Al contrario, es muy eficiente. Entonces, ¿qué hay de malo con la seguridad social? Le voy a decir qué. La seguridad social se basa en un principio que es inaceptable. El principio es que yo debería ocuparme de que un discapacitado en la calle tenga comida y uno, supuestamente, no debería preocuparse por eso. Yo sólo tengo que preocuparme por tener seis pares de zapatos. Y si me intereso en los discapacitados en la calle, estoy moralmente equivocado según los valores morales que predominan. Así que hay que sacar esa idea de la cabeza de la gente. Uno no tiene que preocuparse por los demás, y la seguridad social se basa en la preocupación por lo que les pasa a los demás. Si uno puede cambiar eso para que la gente invierta en acciones, entonces la gen-

te ya no se interesará más en lo que les pasa a los discapacitados en la calle y sólo le importará los dividendos de Microsoft. Lo cual es perfecto, porque ya no son seres humanos, perdieron toda emoción humana, se destruyó la base de la democracia. Y es aun más profundo que esto. Si tengo mi jubilación invertida en acciones de una determinada compañía, entonces sólo quiero que esas acciones suban y se valoricen y la manera de que esas acciones suban y se valoricen es reduciendo los s alarios y empeorando las condiciones de trabajo.

—Una cosa está conectada con la otra.

—Sí, por lo tanto, soy responsable de que mi propia vida sea lo más desagradable posible. Si trabajo en una planta de General Motors y mi jubilación está invertida en acciones de GM, estoy obligado a trabajar más horas con un salario más bajo con menos beneficios y sin ninguna consideración de bienestar personal para aumentar mi pensión. Es la manera perfecta de lograr que la gente se convierta en su peor enemigo. Y también para sacarle toda emoción humana de la mente. Y por estos motivos, eliminar la seguridad social tiene mucho sentido, aunque cueste decenas de miles de millones de dólares. Bueno, uno no lee sobre estas cosas. Pero, si lo piensa unos minutos, es más que obvio. Si tuviéramos una prensa independiente, esto aparecería en los titulares. Pero no está en los titulares. Los titulares se refieren a cosas irrelevantes, como por ejemplo cuál es la posibilidad de riesgo de las acciones o si el fondo de seguridad social va a tener algún problema de aquí a 100 años, etcétera. Estos son ejemplos perfectos de cómo los medios y el sistema de información trabajan para asegurar el control total de la población, de manera dictatorial.

—¿Usted no está afirmando que tienen el control, sino que intentan ejercer presión?

—No, digo que tienen efectivamente el poder, por la

concentración de capital. Y es una prensa que a lo largo de los años se volvió más perversa. Tanto en Inglaterra como en Estados Unidos –los países más libres– la prensa era mucho más libre en el siglo XIX, cuando existía una prensa mucho más diversificada. Gran parte de la prensa independiente tenía un pie fuerte en los sindicatos, en la comunidad. La gente estaba interesada en la prensa y leía información. Formaba parte de las comunidades. En Inglaterra, el gobierno intentó frenarla a través de la censura, por diversos medios, como impuestos, por ejemplo, aunque ningún curso de acción sobrevivió. Pero finalmente se dieron cuenta de que la única manera de eliminar la prensa libre era a través de la concentración de capital y la dependencia de la publicidad. Una vez que la prensa giró hacia el capital y la dependencia de la publicidad que atrae más capital, entonces solamente un pequeño sector de la prensa pudo sobrevivir, el resto simplemente no pudo competir, así que la prensa independiente y popular se vio condenada a desaparecer y la que sobrevivió fue la prensa comercial que, básicamente, forma parte del sistema de dominación y control. Lo mismo es válido en el caso de Estados Unidos. Pero no existe coerción por parte del Estado. Cuando Estados Unidos se convirtió en un país más libre y no pudo usar la coerción tan abiertamente, tuvo que recurrir a otros medios de control.

—Veo una gran paradoja: el gran imperio militar convive con la democracia tradicional.

—Con una tradición popular por la democracia, pero con una elite que se opone a la democracia. Es importante recordar que, desde el siglo XVII, a la elite siempre la aterrorizó la democracia. Las elites no quieren la democracia. La gente puede querer la democracia, pero los poderosos y los privilegiados no quieren la democracia. Y esto también incluye a algunos intelectuales. Muchos intelectuales no quieren la democracia. Los intelectuales progresistas casi siempre se opusieron a la democracia. Y las decisiones más importantes, en

todo ese período y hasta el día de hoy, las toma lo que se llama la oligarquía. Los hombres responsables son quienes deben tomar las decisiones y la población tiene que ser espectadora y no participante. La población es lo que Alexander Hamilton llamaba "la gran bestia que tiene que ser domada y controlada". No se la puede dejar fuera de control, hay que controlarla de una manera u otra. La mejor manera es teniendo un "control en el trabajo" y convirtiendo a la gente en robots, y un "control fuera del trabajo", a través del control de las actitudes y los sentimientos. Hay que marginarlos, sacárselos de la cabeza. Entonces la gente hará las cosas que queremos que haga. Y la gente lo sabe. Tomemos el caso de las últimas elecciones presidenciales. Estas elecciones fueron muy estudiadas, se realizaron muchas investigaciones así que sabemos mucho al respecto. Gran parte de la población desconocía la postura de los candidatos en algunas cuestiones. Con algunas pocas excepciones, no podían decir cuál era la postura de tal o cual candidato. Y no porque fueran estúpidos. Mi esposa, por ejemplo, es una mujer culta, pero cuando miraba el debate presidencial, no podía descifrar qué estaban diciendo. Y eso es a propósito. Los políticos no saben lo que están diciendo. Son actores entrenados que están capacitados para desempeñar un papel determinado y les ponen ciertas palabras en la boca, y estas palabras están diseñadas de tal manera que la gente no pueda entender qué significan. Son como palabras codificadas que seducen a la gente Las cuestiones importantes no son de interés de la población. A la población no tiene por qué interesarle las cuestiones importantes y no le interesan. Si uno analiza los resultados de las encuestas, los detalles son interesantes: sólo una mitad de la gente se molesta en ir a votar, pero, entre quienes lo hacen, la tendencia es que lo hagan los más adinerados y los más educados. Y ellos tienden a votar a favor de sus propios intereses. Así que votan por el más reaccionario de los dos partidos predominantes, principalmente por los republicanos. Pero eso no es suficiente para modificar la elección. Esa modificación viene de la mano del

voto popular. ¿Y cómo se logra eso? Por ejemplo, analicemos el caso de la clase trabajadora. Se oponía a Bush en casi todas las cuestiones, nunca habrían votado por él. Pero las cuestiones dominantes eran las armas y la religión, dos temas realmente periféricos a los verdaderos intereses de la gente, y así lo votaron.

—Usted describió al gobierno norteamericano como un Estado terrorista. Pero, ¿puede existir un Estado terrorista en contra de los deseos de sus propios ciudadanos?

—Estados Unidos lleva a cabo cierto tipo de terrorismo doméstico, pero principalmente su terrorismo está dirigido contra los demás. Es un gran Estado terrorista a nivel internacional.

—¿Y la población no intuye que está pasando esto?

—No sólo la población en general, ni siquiera la población culta lo sabe. Si usted va y les pide a los profesores de Harvard que le den un ejemplo de terrorismo estadounidense, pensarán que usted viene de Marte. No se les ocurre semejante tipo de terrorismo. Le dirán que ese tipo de terrorismo no existe. Estados Unidos puede cometer errores, pero es bueno. Es una fuerza benigna que, ocasionalmente, comete errores. Pero no terrorismo. Si invadimos el Sur de Vietnam fue para defendernos de los survietnamitas. Es como si hubiéramos apoyado a los contras para defendernos de los sandinistas. En realidad, no hay nada que no sea en defensa de algo. Estados Unidos no inventó todo esto. Todos los poderes imperiales actuaron de la misma manera. Francia hizo lo mismo, Inglaterra hizo lo mismo. Hasta Hitler hizo lo mismo. Hitler no dijo "estoy invadiendo"; dijo "nos estamos defendiendo". No creo que se puedan encontrar excepciones en la historia. Y, por lo general, las clases intelectuales lo creen, tienden a apoyar al Estado. No es que la gente ordinaria no lo sepa. En realidad, la gente ordinaria sabe

más que las elites. Tomemos el caso de la guerra de Vietnam. Después de varios años, hubo una gran oposición a la guerra. Pero es muy diferente entre la gente común y corriente y entre las elites. Entre las elites, se llamó oposición pragmática –"nos cuesta mucho" y ese tipo de cosas–. Entre la población general, según revelaban las encuestas, alrededor del setenta por ciento de la población pensaba que estaba mal y que era inmoral, no un error. Prácticamente ninguna persona educada tenía esta opinión, pero el setenta por ciento de la población sí. Y esas mismas cifras llegan hasta el día de hoy. Los números son muy asombrosos, porque la gente llega a esta conclusión por cuenta propia. No lo leen en los diarios, no lo ven por televisión. De alguna manera, llegan a la conclusión de que fue algo absolutamente mal hecho por cuenta propia. En cambio, la opinión de las elites era que se trató de un error. Las diferencias son asombrosas. Por otra parte, se puede ver que la propaganda funciona de distinta manera. Por ejemplo, si uno les pregunta a los estudiantes universitarios cuántos vietnamitas creen que murieron en la guerra de Vietnam, la respuesta promedio es cien mil. Es como si en Alemania les preguntáramos a los alemanes cuánta gente murió en el Holocausto y la gente dijera doscientas mil personas. Pensaríamos que los alemanes están equivocados. Pero lo mismo sucede aquí y nadie piensa que está mal, simplemente porque no importa. Después de todo, ¿que son un par de millones de vietnamitas? En realidad, no sabemos la cantidad de víctimas, porque no vale la pena contarlas. No nos importa. Después de trescientos años, no sabemos cuántos millones de indios fueron asesinados. Simplemente, no interesa.

"Bush, un actor entrenado"

—¿No cree que, impensadamente, coincide con el presidente Bush, aunque por razones distintas, en creer que Estados Unidos debe ejercer un liderazgo moral?

—En cuanto a Bush como persona, me sorprendería que entendiera las palabras que usa. Pero recuerde que todas estas

personas son actores entrenados, están entrenados para desempeñar ciertos roles. Se supone que Bush no es un chico rico y consentido que fue a Yale y que iba a fiestas. Se supone que debe ser un hombre honesto, sencillo e íntegro, que usa botas de cowboy. Pero, qué cree él, no tengo ni idea. Ahora, el concepto de liderazgo moral es prácticamente universal, se da en todos los Estados poderosos. Virtualmente, no hay excepciones. Ni siquiera con los asesinos en masa más terribles de la historia... Hitler, por ejemplo. Fue el asesino en masa más extremo de la historia, pero ¿acaso los nazis creían que estaban haciendo algo malo? Estaban defendiendo con valentía y honor a la gran civilización alemana de la conspiración judía bolchevique que la iba a destruir. Un verdadero acto de defensa de una civilización con sus raíces en los griegos y demás. ¿Qué puede ser más noble?

Es muy interesante leer los archivos rusos, que fueron robados y vendidos a Occidente. Cuando uno los lee y ve las discusiones internas, son exactamente iguales que la propaganda externa. Cuando estos asesinos hablaban entre sí en 1945 –y no tenían ningún motivo para fingir– decían: "tenemos que proteger la democracia de los fascistas que intentan destruirla". Estoy seguro de que así lo creían. El punto es que los sistemas poderosos no son agentes morales. Ni siquiera están en el dominio de la moral. Sí lo discuten, pero no evalúan las cosas en términos morales. La población es moral y con ella se puede hablar de cuestiones morales, pero no con los sistemas poderosos.

—Usted dijo que todos los presidentes, después de la Segunda Guerra Mundial, tienen que ser castigados por un juicio de Nuremberg. ¿También se refiere a Clinton y a Carter?

—Hay una gran diferencia, pero, según los patrones de Nuremberg, creo que sí.

—Antes hemos hablado sobre el imperio. Si usted tuviera que comparar este imperio con otros dos grandes imperios, como el Reino Unido del siglo XIX y el antiguo imperio

romano, ¿cuáles diría que son las similitudes o las diferencias?

—Siempre hay diferencias. El imperio romano llevó a cabo una ocupación militar de los dominios imperiales e instituyó un gobierno bajo su control. En el imperio británico, eso fue así en parte. Si bien hubo una presencia militar británica en India, era bastante pobre e India estaba dirigida principalmente por mercenarios indios, soldados indios bajo órdenes británicas, hasta la rebelión india de 1857, cuando los británicos tomaron el control de manera más directa. Pero después el imperio británico continuó hasta la Segunda Guerra Mundial sin una ocupación militar. Por ejemplo, en Oriente Medio, una región que genera mucho interés actualmente, durante la Primera Guerra Mundial los británicos se dieron cuenta de que no tenían el poder para controlar esa región por la fuerza. Y, por lo tanto. Lord Curzon y otros, en deliberaciones secretas que ahora son públicas, decidieron que si dominaban la región sería estableciendo lo que llamaban una fachada de gobiernos árabes que administraran sus países, pero siempre bajo las órdenes británicas. Decían que los británicos los iban a controlar, pero detrás del velo de Estados que sirven de valla y ficciones constitucionales que les permitían a los británicos estar verdaderamente al mando. Claro que todo parecía como si los países estuvieran gobernados por una fachada árabe. Y, para mantener el orden, ya que no tenían fuerzas militares en tierra, apelaron al poder aéreo, que acababa de nacer como una técnica para aterrorizar a los civiles y que fue utilizada de manera muy efectiva en Irak, en Afganistán contra los kurdos y otros a los que llaman tribus rebeldes. También usaron gas venenoso, pero principalmente poder aéreo. Y eso era considerado algo esencial. Los británicos socavaron consistentemente todos los acuerdos de desarme o cualquier esfuerzo por prohibir guerras. Por ejemplo, hubo un tratado de desarme muy importante en 1932. Los británicos, que eran muy poderosos, se encargaron de asegurar que el tratado no prohibiera el uso de aviones contra los civiles, ya que ésta era una técnica importan-

te de control. Y lo lograron. El famoso estadista Lloyd George en su diario decía que era bueno impedir la prohibición porque, según sus propias palabras, de por sí elocuentes, "debemos preservar el derecho a bombardear a los negros". Este es un principio fundamental: si preservamos el derecho a bombardear a los negros, esto significa socavar los tratados de desarme o invadirlos si restringen ese derecho. Pero, técnicamente hablando, los británicos en realidad no ocuparon todos los países. Eso es muy similar al actual imperio estadounidense. Tenemos que preservar el derecho a bombardear a los negros, lo hacemos todo el tiempo, y son principios morales fundamentales que tienen una larga historia. Es un principio constante, el derecho a bombardear a los negros. Se pueden mantener las fachadas pero siempre y cuando sean tolerables. Y sólo son tolerables básicamente si adhieren a la política exterior de Estados Unidos. Es irrelevante si son o no democráticas, pero de otra manera, son objeto de algún tipo de castigo, que va desde el terrorismo internacional hasta la destrucción económica y la marginalización. Depende de las circunstancias. Estados Unidos, por cierto, no es un tipo nuevo de imperio. A decir verdad, difiere mucho del imperio ruso o de las antiguas colonizaciones. Si analizamos lo que podríamos llamar el imperio estadounidense advertiremos que no tiene el mismo color en el mapa como tuvo el imperio británico. Y eso es simbólico. Los imperios europeos, en general, no duraron mucho tiempo. Existieron hasta el siglo XIX.

La teoría del "pañal"

—Otra diferencia clave podría ser la existencia de las Naciones Unidas y del derecho internacional y tal vez el concepto de soberanía.

—Bueno, cuando se establecieron las Naciones Unidas –y Estados Unidos fue clave para el establecimiento de las Naciones Unidas–, instituyeron un régimen particular, no totalmente nuevo, pero una especie de régimen de Westfalia, nada más que

formalizado de una manera particular. Garantizaban derechos soberanos, prohibían el uso de la fuerza, la amenaza del uso de la fuerza, excepto en condiciones muy limitadas. E impusieron un marco de derecho internacional. Sin embargo, el derecho internacional y las instituciones internacionales tienen sentido sólo en la medida en que los poderosos los aceptan. Y Estados Unidos no los acepta. Como muchos otros, quiso desembarazarse de este organismo. Lo mismo sucedió con los rusos. Cuando los rusos, por ejemplo, invadieron Hungría, este hecho fue catalogado dentro del marco de la Carta Orgánica de las Naciones Unidas como un acto de autodefensa contra la agresión de movimientos fascistas respaldados por Occidente. Y estaban defendiendo al pueblo húngaro de acuerdo con el Artículo 51 de la Carta Orgánica de las Naciones Unidas. Y eso, por supuesto, es ridículo, pero no más ridículo que el argumento que esgrime constantemente Estados Unidos, no importa lo que esté haciendo. Por supuesto, la Carta existe y los principios de Nuremberg existen, los protocolos existen y es importante que existan. Pero deberíamos reconocer que sólo son aplicables en la medida en que los poderosos estén dispuestos a aceptarlos, de lo contrario no son aplicables. En cuanto a las Naciones Unidas, la actitud de Estados Unidos frente a este organismo es muy aleccionadora. En los primeros años, las Naciones Unidas eran un organismo muy popular. Y para la población en general lo sigue siendo. Pero las actitudes de las elites hacia este organismo han sido muy diferentes de las actitudes del público y han cambiado con el tiempo. A fines de los años '40 y principios de los años '50, respaldaban abiertamente a las Naciones Unidas. La razón, básicamente, es que las Naciones Unidas eran un instrumento de las políticas estadounidenses. En ese momento, el dominio del mundo por parte de Estados Unidos era extraordinario. Estados Unidos controlaba gran parte de la riqueza del mundo. Y las Naciones Unidas prácticamente hacían lo que decía Estados Unidos. En esos días, también era un instrumento contra los rusos y por supuesto que ellos vetaban todo. De modo que hubo muchos vetos rusos a fines de los años '40 y principios de los '50

y hubo mucho debate y discusiones en Estados Unidos sobre por qué los rusos eran tan desagradables. De la misma manera que hoy se debate sobre la actitud de Francia y Alemania. ¿Por qué son tan irracionales y no siguen la postura obviamente correcta de Estados Unidos? Y entonces, de alguna forma, se psicoanaliza a los franceses para determinar cuáles son las debilidades que los llevan a hacer esto. Lo mismo con los rusos. Yo estaba en la universidad en ese momento y en Harvard éramos unas cinco personas en toda la universidad las que pensábamos que la línea oficial era idiota. Se hacía un análisis del negativismo ruso impulsado por antropólogos e intelectuales muy prestigiosos que sostenían que la razón por la que los rusos eran tan negativos, la razón por la que siempre decían "no" en las Naciones Unidas, era porque se criaban fajados (envueltos en pañales) y si uno se cría envuelto en pañales se vuelve agresivo y se enoja y por eso cuando crece llega a las Naciones Unidas y dice que "no". Nosotros lo llamábamos "pañalogía". Era una teoría aceptada y muy respetada. Eso sucedía a fines de los años '40 y principios de los '50. A lo largo de la década del '50, empezó a producirse el cambio. Cuando empezó el proceso de descolonización, la lista de la Asamblea General pasó a ser más representativa del mundo. Por otra parte, los países empezaron a recuperarse de la destrucción generada por la guerra y a comienzos de los años '70 el mundo empezó a volverse económicamente tripolar. A fines de los años '40 había sido unipolar, pero a comienzos de los '70 Europa, centrada en Alemania, y Asia, centrada en Japón, eran poderes económicos tan importantes como Estados Unidos. Y, como resultado de estos desarrollos, las Naciones Unidas no pudieron estar tan controladas. Las actitudes de las elites y los gobiernos estadounidenses cambiaron y se volvieron bastante hostiles con las Naciones Unidas. En efecto, esto se puede ver en los vetos. Desde los años '60, Estados Unidos es el país que, por lejos, más vetos pronunció en una amplia variedad de cuestiones. Gran Bretaña figura en el segundo lugar y no hay nadie que esté ni siquiera cerca. Esto, por lo general, no se menciona. La historia, de alguna manera, se distorsiona, pero los hechos son

así. Es indiscutible. Las actitudes hacia las Naciones Unidas se volvieron muy negativas. Y ya no se buscaban explicaciones psiquiátricas para entender por qué los líderes estadounidenses le decían "no" a las Naciones Unidas, porque eran muy morales. Cuando lo hacían los rusos, era porque se habían criado envueltos en pañales, pero cuando lo hace Estados Unidos es porque somos maravillosos y el mundo es el que está equivocado. Al punto que en 1985 aproximadamente, la revista de *The New York Times* publicó un artículo de uno de sus principales críticos literarios, Richard Bernstein, con un título que decía "¿Por qué el mundo no está de acuerdo?" ¿Cómo puede ser que todo el mundo esté en desacuerdo con Estados Unidos? ¿Qué es lo que le pasa al mundo? Nadie se preguntaba qué es lo que anda mal en Estados Unidos. Esa es una pregunta inconcebible, porque Estados Unidos, obviamente, es perfecto. Pero sí qué le pasa al mundo. En los años '40 y principios de los '50, la pregunta era ¿qué les pasa a los rusos? A mediados de los '80, la pregunta era ¿qué le pasa al mundo? Y ahora hay una nueva versión de esta pregunta: ¿qué le pasa a la vieja Europa? Pero hay un tema que no cambia: nosotros somos perfectos. Tal vez tengamos defectos, tal vez cometamos errores de vez en cuando, pero básicamente lo que hacen nuestros líderes es necesariamente correcto. Cuando se formulan críticas aquí y allá, cuando alguien no está de acuerdo, surge la pregunta ¿qué le pasa? Tratamos de encontrar alguna razón. A mediados de los '80, no sólo eran las Naciones Unidas. Este parámetro también se aplicaba a otras instituciones. Cuando la Corte Mundial condenó a Estados Unidos por uso indebido de la fuerza, que se traduce en terrorismo internacional, en Nicaragua, Estados Unidos rechazó la jurisdicción de la Corte Mundial y las razones son interesantes. Obviamente, no se las comenta en ningún lado, pero son públicas. Las razones que presentaron los funcionarios del Departamento de Estado estadounidense eran aleccionadoras: en los primeros tiempos de las Naciones Unidas, podíamos contar con que otros países estuvieran de acuerdo con nosotros. Pero ahora ya no podemos contar con ellos, de manera que debemos reservarnos el de-

recho a determinar qué corresponde a la jurisdicción interna de Estados Unidos. Y si el mundo o la Corte Mundial o las Naciones Unidas no están de acuerdo, es su problema. A la jurisdicción interna de Estados Unidos en ese momento le correspondía una guerra terrorista contra Nicaragua que, incidentalmente, después de la decisión de la Corte Mundial, aumentó por el soporte bipartidista estadounidense y el apoyo de la comunidad internacional. Pero no se lo podría haber dicho en términos más claros. Y, por lo tanto, tenía que ser ocultada en su totalidad. Nadie lo menciona porque es muy claro y es cierto. Y, por lo tanto, imposible de explicar en un país libre. Y no por coerción sino, como dice un cientista político muy prestigioso, por una subordinación disconforme frente a los que están en el poder de parte de los intelectuales. La subordinación disconforme con los que detentan el poder de parte de los intelectuales es muy importante, muchas veces a partir de una amenaza, pero principalmente por motus propio. Esa es la relación de Estados Unidos con las Naciones Unidas. Hoy en día, esto también es válido. El hecho de que Estados Unidos esté presionando a otros países para que aprueben la resolución es tan obvio que no se puede ocultar. Pero hay otras cosas que sí se pueden ocultar. Hace poco tiempo, la prensa británica reveló que Estados Unidos estuvo espiando a los miembros de las Naciones Unidas en Nueva York: pinchando sus llamadas telefónicas y sus comunicaciones internas con el objetivo de manipular mejor sus votos. Esta conducta es una violación clara de las responsabilidades de Estados Unidos en lo que concierne al resguardo de la integridad de las Naciones Unidas. Esto fue publicado por la prensa británica.

—Tal vez piensan que esas acciones de espionaje son algo legítimo dentro de lo que consideran un virtual estado de guerra...

—Bueno, era evidente que el tema sería mencionado en un tono de disculpa. Pero todo esto, además de la coerción, las ame-

nazas frente al voto en contra y los beneficios ante el voto a favor y demás, es una manera de demostrar desprecio por las Naciones Unidas. En un sistema legal al que todos toman seriamente, cualquier testimonio o juicio producido a partir de la coerción es inválido. Pero en este caso no sólo es válido, también es maravilloso, si se lo consigue gracias a la coerción estadounidense. Y no estoy hablando del gobierno, me estoy refiriendo a la comunidad intelectual. Si Estados Unidos logra presionar a las Naciones Unidas para que hagan algo que Estados Unidos está buscando, se va a considerar un triunfo diplomático, lo cual simplemente revela que el desprecio por las instituciones internacionales es la postura prevaleciente de la comunidad intelectual estadounidense hoy en día. Lo mismo es válido sobre el odio a la democracia. Uno supone que las elites se oponen a la democracia, es uno de sus privilegios y lo hacen. Pero, rara vez vi que se lo expresara de una manera tan evidente en los últimos años. Esta cuestión de la nueva Europa versus la vieja Europa es un ejemplo asombroso, y si usted se pregunta quién es la vieja Europa descubrirá que son aquellos gobiernos que toman una postura que está en conformidad con la abrumadora mayoría de su población. En la escuela primaria, a uno le enseñan que eso es democracia. Pero cuando uno llega a Harvard se da cuenta de que eso no es democracia. La democracia es seguir las órdenes. Después se habla de la nueva Europa: Berlusconi, Aznar, etc. No queda más que reírse. Ellos son la nueva Europa. ¿La razón? Son la nueva Europa porque quieren predominar sobre el 80% de la población y desoírla y alinearse con los poderosos. Esa es la maravillosa nueva Europa. Si usted analiza Europa en su totalidad, la oposición a la guerra de Estados Unidos ha sido más alta en la nueva Europa que en la vieja Europa. Pero es irrelevante, porque la gente no forma parte de Europa. Europa está conformada por líderes y los líderes que están con nosotros son buenos y los que no son los malos y la población, sencillamente, no forma parte de Europa. Bueno, no se podría expresar un compromiso totalitario más claramente que de esta manera. El caso de Turquía es particular-

mente interesante. En los comienzos de la guerra, Turquía le estuvo dando a Occidente una lección de democracia. Estuvo humillando a Occidente. Turquía es un país donde la democracia, verdaderamente, se toma en serio. Y, por lo tanto, se lo ha condenado en su momento. Y se habló de castigarlo y se lo presionó planteándole si quería formar parte de la nueva Europa. Es una técnica de coerción curiosa. Es pura propaganda. Creo que si a uno lo contrataran para realizar un experimento destinado a chequear la actitud de la elite intelectual frente a la democracia, no se podría encontrar otro mejor. Lo que revela es un odio y un temor a la democracia de una manera extrema, además de un desprecio por otras instituciones internacionales y por el derecho internacional. No creo que este fenómeno sea nuevo, pero en este caso es demasiado obvio y dramático.

—Veo dos problemas. Por un lado, se podría decir que en las Naciones Unidas nunca existió una voz fuerte que hablara por los países pobres. No hay democracia allí. Sólo representa a los poderosos, a Estados Unidos en primer lugar y a Europa, en segundo lugar.

—Le voy a dar otro ejemplo actual y dramático, como el de las Naciones Unidas: los países no alineados. Estos países representan aproximadamente el 80% de la población del mundo. Ellos también tuvieron una cumbre importante. Publicaron una declaración extensa y detallada, donde literalmente condenaban la guerra y la insistencia de Estados Unidos de imponer sus deseos y el llamado "derecho de intervención humanitaria". Condenaron y criticaron los acuerdos económicos internacionales, lo que uno esperaría. La sola idea de mencionar la cumbre de los gobiernos que representan a la mayor parte de la población mundial es considerada ridícula y si se lo menciona, lo consideran atroz. En un libro mío hay un artículo que menciona la última cumbre que se llevó a cabo en el año 2000. En el suplemento de educación superior de *The New York Times* se

publicó una crítica interesante, firmada por un historiador de la Universidad de Cambridge. Obviamente, no le gustó mi libro, pero lo que lo enfureció particularmente fue que yo mencionaba la declaración G7, que es la declaración de los países que representan el 80% de la población mundial, y el alto nivel de asistencia que se registró, el mayor de la historia: a la cumbre asistieron los líderes de países importantes. Yo me atreví a mencionarlo y mencionar la opinión de los líderes del 80% de la población mundial es absolutamente escandaloso para un historiador británico cultivado. No tanto el contenido, sólo la idea de mencionar la cumbre. Tal vez sus lectores pensaran que era razonable. Una de las cosas más interesantes es ver cómo a fines de los años '60 y principios de los '70 hubo un esfuerzo por parte de los países descolonizados, los países no alineados –no digo todos, pero en Europa, Norteamérica, Africa, América Latina– para intentar establecer lo que llamaban un nuevo orden económico internacional. Este esfuerzo estuvo encabezado por la UNCTAD (United Nations Conference on Trade and Development), que se estableció con el objetivo de organizar las relaciones económicas internacionales. Obviamente, el esfuerzo fue aplastado de inmediato. Nunca se oyó hablar de eso. Pero también intentaron instituir lo que llamaban un nuevo orden de la información, que le permitiría al Tercer Mundo cierto acceso a los sistemas de información internacionales que estaban absolutamente dominados por los países industrializados ricos. La idea era permitirles cierto acceso a la información. Eso causó una especie de histeria en Estados Unidos. Inmediatamente se lo condenó como un esfuerzo por censurar a la prensa y por imponer controles autoritarios. Eran todas mentiras. No se mencionaba ni una sola palabra sobre cómo Estados Unidos destruyó a la UNESCO, porque este organismo estaba considerado el nuevo orden de la información. Y hubo una inundación increíble de mentiras. Los funcionarios de la UNESCO no estaban autorizados a responder en la prensa y se destruyó todo el episodio, que quedó inscripto en la historia oficial como un esfuerzo por parte de los autócratas del Tercer Mundo destinado a aniquilar la libertad.

Hay un libro académico interesante sobre este tema, publicado por University of Minnesota Press, que analiza los detalles y resulta extraordinario. Por supuesto, el libro nunca fue reseñado, no se lo puede mencionar, se ejerció una censura total, pero allí uno puede ver la importancia de aquella iniciativa. Resulta extremadamente importante controlar el sistema de propaganda internacional y no permitir que nadie más intervenga. Se entiende que ésta es una técnica importante de dominación. Y, por lo tanto, cualquier desafío a esta postura genera histeria. Y la necesidad de mentir a un nivel que sorprendería a más de uno.

"Mi voz aquí no existe"

—Me pregunto cómo toleran los gobiernos de Estados Unidos la convivencia con una voz crítica tan fuerte como la suya.

—Es muy sencillo. Mi voz no existe en los círculos elitistas de Estados Unidos. La sola idea de mencionar mi nombre en los círculos de las elites provocaría un ataque de cólera, dirían que apoyo a Bin Laden o algo así. No es sólo mi caso. Hay casos mucho más significativos que el mío. Tomemos el caso de Irak, por ejemplo. Hay dos personas en Occidente que conocen Irak mejor que cualquier otro occidental, y son los coordinadores de las misiones humanitarias de las Naciones Unidas. No es que estén en Irak, pero tienen cientos de personas que trabajan para ellos, recorren el país y escriben informes. No hay nadie en Occidente que sepa tanto, ni siquiera la CIA. Uno de ellos es Dennis Halliday y el otro, Hans von Sponeck. Halliday renunció en protesta frente a lo que llamó el carácter genocida de las sanciones. Su sucesor, Hans von Sponeck, renunció un par de años después también en protesta por la misma situación. Ambos son diplomáticos internacionales altamente respetados con muchos años de servicio para las Naciones Unidas. Pero los estadounidenses ni los conocen. Uno tiene oportunidad de leer

lo que dicen en la prensa británica, la prensa canadiense, la prensa egipcia o cualquier otra prensa. Pero si lee el índice de *The New York Times* –la lista de las palabras y nombres que aparecen en este diario– sus nombres ni siquiera figuran en el índice en los últimos años. Porque no deben mencionarse en Estados Unidos. La razón es que son críticos de la política estadounidense. Y este caso es mucho más importante que yo. Irak es el tema del momento. Son los occidentales que conocen Irak mejor que nadie y, por lo tanto, no pueden ser mencionados.

—¿The New York Times, *entonces, no le hace una entrevista ni publica un artículo suyo?*

—*The New York Times* ni siquiera me permitiría escribir una respuesta de cinco líneas a alguna de las diatribas demoledoras que publican llena de mentiras.

—*¿Ni siquiera en una carta de lector?*

—No, ni siquiera en forma de carta. Pero no se trata sólo de mí. Es un procedimiento estándar. Y perfectamente entendible. Si usted es un monopolio prácticamente absoluto, con un espectro muy estrecho, ¿por qué permitiría que se revierta? Yo no soy importante. Gente como Halliday y Von Sponeck son mucho más importantes y hay muchos casos como el de ellos.

—*¿Piensa que el gobierno lo espía?*

—Probablemente, pero no me importa. Por otra parte, todo lo que hago lo hago abiertamente, así que no me importa. A fines de los '60 y principios de los '70 estaba organizando una especie de resistencia popular. De hecho, fui a parar a la cárcel. Y la razón por la que fui a parar a la cárcel un par de años fue por la Ofensiva Tet de 1968. Pero casi todo lo que yo y otras personas estábamos haciendo, lo hacíamos abiertamente. Además, queríamos que fuera público. No queríamos que fuera un

secreto. Queríamos que fuera lo más público posible. Sólo algunas cosas las mantuvimos en secreto. Por ejemplo, las cosas que tenían que ver con sacar a los desertores fuera del país, cuando la vida de la gente estaba en peligro. De hecho, este tipo de cosas nunca se discutían en las reuniones. Los grupos que organizaban la resistencia daban por sentado que estaban infiltrados por el gobierno, cosa que, por supuesto, era verdad. De modo que, si había algo muy sensible, nunca se lo mencionaba en los grupos ni con amigos.

—Pero, ¿tuvo últimamente alguna señal de que lo estaban espiando?

— En un país como Estados Unidos, uno no se preocupa por ese tipo de cosas. Es totalmente absurdo. Sí, hay cierta represión, pero comparado con lo que pasa en Turquía, Colombia y otros lugares...

—Por ejemplo, en Argentina, en los últimos años...

—En Argentina. Es cierto. Probablemente esta conversación esté siendo escuchada por la Administración de Seguridad Nacional. ¿Nos importa? ¡No, qué van a hacer! Le voy a contar un pequeño secreto de cómo son las cosas. En un país como éste, la mejor defensa contra la represión del gobierno es ser completamente abierto y público, como es mi caso. El gobierno, finalmente, intentó procesar a las organizaciones de resistencia y yo estaba preparado. Pero, en primer lugar, eligieron a la gente equivocada. Nosotros, ocasionalmente, invitábamos a alguien conocido para que asistiera a las conferencias de prensa, como el pediatra Benjamin Spock, una persona famosa y muy agradable. Lo invitábamos a que hablara en la conferencia de prensa y él lo hacía. Y fue él la persona a quien eligieron para acusar. No tenía nada que ver con la resistencia, excepto que asistía a las conferencias de prensa. El FBI no pudo darse cuenta de eso. Pensaban que debía estar participando. En general, elegían a la

gente equivocada. A veces, hasta era un chiste. Hasta confundían los nombres judíos y apresaban a la persona equivocada.

—¿Cómo fue que lo arrestaron?

—Hubo un juicio por conspiración y yo fui acusado de conspirador. Suponíamos que iba a ser un caso débil y que no íbamos a ser procesados, porque la conspiración era completamente abierta. Nosotros nos parábamos y le decíamos a toda la ciudad de Nueva York que estábamos conspirando para socavar el sistema militar. No hay nada que probar. Nosotros suponíamos –teníamos muy buenos abogados defensores– que la defensa iba a ser una defensa política. Nosotros admitimos la verdad del procesamiento y decíamos: "Bueno, muy bien, ésta es la razón por la que lo hicimos". Cuando la fiscalía concluyó su caso, hubo una reunión de los abogados defensores y los defendidos donde discutimos cómo proseguir y allí se tomó la decisión de no presentar ninguna defensa. Y la razón fue que la fiscalía nunca pudo reunir un caso. No existía ningún caso y, por lo tanto, ninguna necesidad de presentar una defensa. Bueno, había un abogado del Departamento de Justicia que formaba parte del equipo de la defensa, que estaba allí en secreto, que simpatizaba con nosotros y le preguntamos por qué el gobierno había presentado un caso tan malo, le preguntamos cómo se veían las cosas desde la perspectiva del Departamento de Defensa. Y nos dijo que el FBI supone que los demás tienen su misma mentalidad y simplemente descarta todo lo que se hace en público. No pueden imaginar que la gente conspire tan abiertamente. Y nos dijo que se pasaron todo el tiempo en un esfuerzo enérgico por descubrir de dónde recibíamos nuestras instrucciones. Si era de Corea del Norte, si era de Hungría... Quién movía los hilos que determinaban lo que teníamos que hacer... Por supuesto, no pudieron encontrar nada. La mentalidad del sistema de un Estado represor es suponer que todos tienen esa misma mentalidad. Y, por lo tanto, si uno hace las cosas en público, está bastante a salvo, porque no lo pueden entender.

—¿Usted cree que el ciudadano común sintió un cambio, que se ejerce más presión sobre su vida privada después del 11 de septiembre?

—En cierta medida, sí. Pero, en general, es un gran esfuerzo por aterrorizar a la gente. Le voy a dar un ejemplo personal. Tengo un nieto de 10 años, que es un fanático del deporte. Una vez por año tenemos una rutina: lo llevo a un partido de básquet profesional, donde hay 20.000 personas, en un estadio en el centro de la ciudad. Es un ambiente muy festivo y a él le encanta. Así que fuimos a principios de este año. El día del partido enviaron un mensaje a todos los que tenían entradas que decía: "Debido a un fuerte nivel de precaución, es necesario llegar a una hora determinada –por ejemplo, si el partido empezaba a las 8, había que estar a las 7– y asegurarse de llegar exactamente a las 7 en punto porque va a haber procedimientos de seguridad muy estrictos; por ejemplo los chicos no pueden llevar mochilas, etc.". Así que éramos 20.000 personas paradas en la puerta del estadio y finalmente empezaron a dejar entrar a la gente y nadie le prestaba atención a nada. Ni siquiera pedían que uno se abriera el abrigo. De modo que la seguridad era cero, pero era muy importante hacerle sentir a la gente que la amenaza del terrorismo está presente en todas partes. Es una manera de controlar a la gente. Los estadounidenses viven en estado de pánico. Si uno realizara una encuesta en todo el mundo, digamos en Argentina, por ejemplo, y le preguntara a la gente si cree que Saddam Hussein la va a atacar, no va a encontrar una sola persona en su país que diga eso, porque es ridículo. Incluso en Kuwait o Irán, nadie le tiene miedo. Lo odian, pero no le tienen miedo, ya que fue el país más débil de la región. Pero en Estados Unidos es diferente. Alrededor del 60 o el 70% de la población ha pensado que Saddam Hussein nos va a atacar.

—Y también que Saddam apoyó a Osama Bin Laden...

—Así es, y que si no lo frenábamos ahora, nos iba a atacar mañana. Si usted analiza el apoyo a la guerra, en gran medida se debe al miedo.

—¿Responde esta característica, de alguna manera, al peso que tiene la religión en la vida de los estadounidenses?

—Estados Unidos es, básicamente, un país extremadamente fundamentalista. Bush pretende mostrarse como un cristiano renacido que se dirige a Dios todo el tiempo. En cualquier otro país, esto bastaría como justificativo suficiente para destituirlo del cargo. Aquí, se lo considera algo maravilloso. Probablemente sea algo falso, pero... hay un fenómeno fundamentalista muy fuerte. De hecho, un alto porcentaje de la población son lo que se llaman "armagedonistas", gente que cree en la lectura literal del Apocalipsis (el último libro de la Biblia). Reagan creía en esto. Probablemente creía que va a haber una batalla entre el Bien y el Mal en la que todos se van a matar entre sí y en la que aquellos que se salvan van al Cielo. Esa es parte de la razón por la cual la derecha cristiana, que es mayoritariamente antisemita, apoya tan marcadamente a Israel. A ellos les encantaría ver una gran guerra. Si sólo pudieran hacer estallar un lugar milenario y así hacer enloquecer a los árabes y que todos se mataran entre sí, sería perfecto. Porque eso sería Armagedón y todos irían al Cielo porque están salvados. Esa es una tendencia muy fuerte en la vida estadounidense de hoy. De hecho, no sucede en otros países industrializados ni siquiera algo parecido. Y sospecho que es más extremo sólo en Irán. Pero otra parte del sistema favorece esa propaganda tan bien montada. Si analizamos las encuestas sobre el miedo, descubriremos que comenzó en septiembre del año pasado (año 2002) y fue en ese momento cuando empezó la propaganda que aseguraba que Saddam Hussein era una amenaza inminente para nuestra existencia. Antes, era simplemente un tipo malo, pero en septiembre se convirtió en una amenaza inminente para la supervivencia de Estados Unidos. ¿Qué otra cosa pasó ese mismo mes? Comenzó la campaña para las

elecciones parlamentarias de mitad de período y la administración republicana entendió perfectamente bien que no podía iniciar la campaña y que la gente votara por su empleo, por su jubilación, por su atención sanitaria. Si la gente votaba por estas cuestiones que le importaban, la administración iba a ser destruida. Pero si la gente tenía miedo y si se eliminaban las cuestiones que le importaban, y si se lograba meter miedo bajo la sombra protectora del gran cowboy que habrá de salvarnos, entonces tal vez tuvieran una oportunidad de ganar. Y eso es precisamente lo que sucedió. Ganaron las elecciones por poco, pero obtuvieron suficientes votos como para ganar, y esto es una costumbre. Esta es la misma gente que gobernó el país en los '80 y entonces hicieron lo mismo. Reagan era muy poco popular. La gran mayoría de la población se oponía a sus políticas. Pero hacía cundir el pánico. Todos los años había un miedo nuevo. Nicaragua estaba a dos días de distancia en su avanzada hacia Texas. Si a usted le dijeran que Nicaragua está a dos días de distancia de Argentina, seguramente se mataría de risa. Es ridículo. Pero acá lo decían en serio. El gobierno decretó un estado de emergencia nacional. Porque íbamos a ser invadidos y derrocados por Nicaragua. Una cosa detrás de la otra.

—*¿Podría decirse que hay una cultura de la guerra en la población estadounidense?*

—No lo creo. Creo que hay una cultura del miedo. No sólo de la agresión externa. Tomemos el caso del delito. El delito en Estados Unidos es comparable con otros países industrializados, pero el miedo al delito es muy superior que en otros países industrializados. Lo mismo sucede con las drogas. La mayoría de los países creen que la droga es un problema. Pero aquí hay terror a las drogas. Y lo mismo sucede con todas las cuestiones. Estados Unidos es un país que tiene mucho miedo y los políticos inescrupulosos como los de la época de Reagan, que hoy vuelven a estar en el poder, saben muy bien cómo manipular los miedos. Es la única manera de ejercer el control.

—¿Hasta qué punto cuenta el hombre en las decisiones del gobierno –estoy pensando en Bush– y cuánto pesa el poder corporativo?

—No me sorprendería que Bush ni siquiera comprenda qué es la política. Pero hay un sector, principalmente basado en el poder privado, que dice hacia dónde vamos. Hay distintos grupos e individuos diferentes, pero básicamente hay una continuidad bastante sustancial de la política que está arraigada en el poder interno y esto implica el poder privado, el poder corporativo, etcétera. Por ejemplo, el Departamento de Estado, por lo general –no en este momento, pero en general– está en manos de abogados corporativos, firmas legales que trabajan con clientes corporativos. Y la población lo sabe. Es por eso que la gente no se toma en serio las decisiones políticas.

—¿El presidente es sólo la cara visible?...

—Este tipo de cuestiones son estudiadas muy detenidamente en Estados Unidos. Por lo tanto, hay mucha información sobre actitudes y demás. Pero tomemos el caso de las últimas elecciones presidenciales. Antes de la elección presidencial, en la víspera de la elección, es decir antes del episodio de Florida y demás, el 70,5% de la población que votaba pensaba que era una farsa total. Para la gente, eran un puñado de tipos ricos a los que la industria de las relaciones públicas les decían qué decir. Es por eso que, después de las elecciones, hubo mucha discusión, la gente estaba furiosa por la elección robada, el fin del sistema constitucional y demás. Pero ese debate fue muy limitado. Tuvo lugar entre la elite de intelectuales. No es que la gente no entendiera, es que no le importaba. La razón por la cual a la gente probablemente no le importaba es porque todo es un fraude. Y si alguien les robó la elección, ¿a quién le importa? Si uno pudo robarle votos al otro, no le importa a nadie. Esas son actitudes públicas. La elite intelectual es un caso distinto: ellos sí tienen que tomarlo en serio, porque es parte del sistema.

"Hasta los 'halcones' les tienen miedo"

—Pasemos a otro aspecto del imperio. Se dijo que el círculo más estrecho de Bush –me refiero, por ejemplo, a gente como William Krystol y Robert Kagan– integra una nueva derecha que dice "muy bien, nos acusaron de ser un imperio, asumámoslo y seamos un imperio". ¿Cree que se ha producido un cambio en la derecha?

—No creo que nadie se tome a Robert Kagan en serio. Es una caricatura. Krystol hace mucho que tiene esta postura y probablemente la gente lo escuche. Pero después está el círculo neoconservador, como se lo conoce, que influye bastante en la administración republicana. Y ellos asustan incluso a los halcones. Tienen una relación muy estrecha con la derecha cultural de Israel. Me refiero a la ultraderecha israelí, gente como Netanyahu, no Ariel Sharon. Gente muy influyente que escribía documentos para Netanyahu en los '90. Están a la derecha de Sharon. De modo que ésa es una conexión muy estrecha. Hasta los halcones advierten sobre esta gente y le tienen miedo. Algo que realmente sorprende en la situación actual es que hay una crítica muy fuerte del gobierno en medio del establishment tradicional, mucho más que en cualquier otro momento anterior. Dos de las principales publicaciones sobre asuntos externos –*Foreign Affairs* y *Foreign Policy*– publicaron en sus ediciones de enero una condena muy fuerte de la política con Irak por parte de figuras conservadoras prominentes, académicos de la Kennedy School y otros, porque temen que estos tipos vayan a llevar al país a un desastre. Sus críticas son bastante limitadas. No les preocupa lo que les vaya a pasar a los iraquíes, pero piensan que todo esto es muy malo para Estados Unidos. Y muchos de ellos reconocen que la política estadounidense está alentando la proliferación de armas de destrucción masiva, que está alentando el terrorismo, lo cual puede ser una verdadera amenaza. Conduce a una marcada oposición a la política estadounidense. La oposición es increíble. Como en la reunión del Foro Econó-

mico Mundial en enero, en Davos, Suiza. No puede haber un grupo de elite más poderoso que ese en Estados Unidos. Sin embargo, la oposición a la política estadounidense era abrumadora. Cuando Colin Powell apareció para intentar defenderla, todos lo condenaron, exactamente en el corazón del poder corporativo. Y eso preocupa a los analistas políticos tradicionales, incluso a los halcones. Pero a los círculos que los rodean, a los que no están tan cerca del poder, no les importa. Porque nunca responden a estas críticas, aunque provengan del establishment más tradicional. Y, francamente, no creo que les preocupe que el mundo esté en contra. Es más, creo que les gusta. Porque cuando sigan adelante y hagan lo que quieran, estarán demostrando que son muy poderosos. No les importa en lo más mínimo lo que piensan los demás. Y cuanto más oposición encuentren, mejor quedará demostrado su poder. Así que si todos se oponen, no importa. Nosotros tenemos las armas, haremos lo que se nos antoje. Y si a ustedes no les gusta, les daremos una patada en la cara. Es una postura perfectamente entendible. Y, por supuesto, está acompañada de una retórica maravillosa que habla de reinstaurar la democracia y esas cosas. Yo creo que ni Hitler hablaba en esos términos. Cuando Hitler ocupó Checoslovaquia occidental, fue con la intención de resolver el conflicto hablando de paz y utilizando una retórica edificante. Es difícil encontrar una excepción en la historia humana. Incluso me sorprendería que los generales argentinos hubieran utilizado el mismo argumento.

—Me pregunto por qué en un país como Estados Unidos, con una industria poderosísima y una extensa clase obrera, la izquierda no pudo desarrollarse.

—Eso no es del todo así. En muchos sentidos, Estados Unidos es más activista que otros países industrializados. Es un fenómeno bastante local, no nacional, pero, si se suma todo, hay un altísimo nivel de activismo en todo tipo de cuestiones. De hecho, uno de los centros del movimiento de justicia global está

aquí. Aquí no están organizados, en Francia si lo están. Pero eso es un reflejo de la naturaleza de las sociedades. Una sociedad atomizada y desorganizada no tiene sindicatos, no tiene partidos políticos, pero hay mucho compromiso a nivel local. Lo cierto es que no hay una izquierda organizada. Y hay muchas razones que lo explican. En realidad, es una cuestión de larga data y no tiene una respuesta simple. Pero se puede ver por qué: parte de la razón consiste en que se trata de una sociedad de inmigrantes. En el siglo XVIII, probablemente fuera la sociedad más rica del mundo en muchos sentidos. De modo que cuando mi padre llegó desde Europa del Este a Estados Unidos, podía hacer trabajos explotadores y esclavizantes, cosa que hizo, pero no ganaba suficiente dinero como para mandarnos a la universidad y, sin embargo, su hijo fue profesor universitario. Esas opciones existen. Siempre que uno sea tranquilo. Si uno se convierte en un activista político, inmediatamente es deportado o lo meten en prisión. Por cierto, un gran porcentaje de la gran inmigración en la primera parte del siglo que llegó del Sudeste de Europa –Italia y Grecia, por ejemplo–, un porcentaje muy alto de esa población tenía intenciones de volver a sus países. Vinieron aquí para ganar dinero y después regresaban para vivir como seres humanos en una sociedad civilizada, como Italia, por ejemplo. Y muchos regresaron, algo así como un cuarto de los que vinieron. Pero los que se quedaron tuvieron muchos beneficios. Hasta el período de la Primera Guerra Mundial, toda ola inmigratoria fue absorbida y pudo salir adelante siempre que su conducta fuera pasiva, y tuvo muchas ventajas. Después de la Segunda Guerra Mundial, las cosas cambiaron. De hecho, hubo otra inmigración. Fue una inmigración interna, pero inmigración al fin: los negros en el Sur. Si uno analiza lo que pasó desde los años '30 con la organización de la agricultura y demás, descubrirá que los negros –una población muy oprimida en el Sur, algo no muy diferente del lugar de donde venía mi padre en el Este de Europa– se trasladaron a las ciudades del Norte. Durante la Segunda Guerra Mundial empezaron a ser absorbidos porque se necesitaba mucha mano de obra. Pero

después de la Segunda Guerra Mundial, la economía cambió. Ya no había empleos para la gente como mi padre. Ya no había trabajos que requirieran de mano de obra no especializada en la industria pesada, como la industria automotriz. La economía estaba cambiando. De modo que la inmigración negra no fue integrada en el sistema. Además, había racismo, por supuesto, pero ese no era un factor importante. La inmigración negra no pudo ser integrada como los irlandeses, los judíos y los árabes. Y así comenzaron las crisis urbanas en Estados Unidos. La gran inmigración negra e hispana no pudo recorrer el camino que había estado abierto a los inmigrantes anteriores. Y esto generó serios problemas internos. Los asiáticos sí pudieron integrarse, pero ellos son diferentes. Provienen de un contexto culto, con un buen nivel de educación, orientado hacia las carreras de estudio, con una importante tradición familiar.

—¿Alguna vez soñó con un cambio hacia la izquierda? ¿Soñó con una revolución en Estados Unidos?

—No hay lugar para una revolución, pero sí hay una izquierda muy sustancial en Estados Unidos. No sé si "izquierda" es la palabra correcta. Tomemos el caso de los movimientos de solidaridad de los años '80. Los movimientos de solidaridad en América Central. Eran inmensos. Y, de hecho, abrieron nuevos caminos en la historia del imperialismo. Había miles de personas de Estados Unidos que se fueron a vivir con las víctimas. No salían a protestar a la calle. Se iban a vivir a los pueblos, en parte para ayudar a la gente, en parte para defenderla: una cara blanca minimizaba el terror. Esto nunca sucedió en la historia del imperialismo europeo. Nadie que se oponía a la guerra con Argelia se fue a vivir a un pueblo de Argelia. A nadie se le ocurrió ir a vivir a una ciudad vietnamita. Nadie hizo eso. Tal vez lo hicieron tres personas, pero nunca fue un movimiento popular. En Estados Unidos fue un movimiento popular masivo. ¿Y quién participaba? Los Estados Unidos rurales, los conservadores, los cristianos, incluso los fundamentalistas. Hay muchas cosas

asociadas con la izquierda, pero, ¿cuál es el nombre correcto para definirlas? Se podía aprender más cosas sobre América Central en una iglesia en Kansas que en una universidad. La gente participaba. Y, en ese sentido, es un país inusual. Nada está centralizado, nada está organizado. Esa es una de las razones por las cuales, si hay un debate público, en Estados Unidos se lleva a cabo en la iglesia, en la universidad o en la escuela. Porque son las únicas instituciones que existen. En otros países, el debate puede realizarse en un sindicato o en un centro comunitario. Pero aquí no, porque no existen.

"Aplauden a Lula porque no puede hacer nada"

—Pasemos a otro país inusual, Brasil. Allí Lula tuvo que tomar algunas medidas de ajuste y realizar privatizaciones. ¿Qué piensa de Lula?

—Creo que es una persona maravillosa. Lo admiro mucho. Lo conozco desde hace mucho tiempo y creo que es una persona fuera de lo común y admirable. Por otra parte, creo que está en un atolladero. Cuando fue a Davos, todos aplaudieron cuando dijo "Voy a terminar con el hambre y la pobreza". Comparemos Brasil hoy con el estado en que estaba hace 40 años, con Joao Goulart, y él no tenía nada que ver con Lula. Era muy populista. La administración Kennedy entonces se dedicó a organizar los golpes militares para sacarlo, porque no lo toleraban. Algo cambió. Nadie reclama ahora un golpe militar. En parte se debe a que la población hoy no lo toleraría, ni en Estados Unidos ni en Brasil. Y en parte es porque no lo necesitan. Ese es el punto central del neoliberalismo. La revolución neoliberal, que realmente fue importante, es básicamente un ataque a la democracia. Afecta a la economía, esto está claro, pero su elemento más importante es que afecta a la democracia. Todos los elementos están destinados a reducir la posibilidad de una participación democrática. De modo que el término "libera-

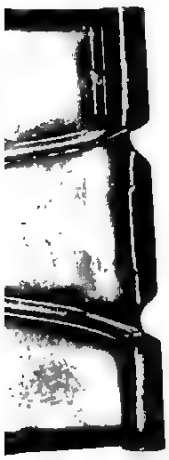
lización financiera" significa que las decisiones están en manos de los inversores. La población puede votar por lo que se le dé la gana, pero la economía será destruida si a las instituciones financieras internacionales no les gusta su votación. Tomemos el caso de las privatizaciones. Las privatizaciones no tienen ninguna motivación económica, le permiten a un grupo de gangsters corruptos comprar activos estatales por poca plata. Pero sí tienen el efecto de reducir, de achicar, la arena pública. Colocan las decisiones sobre cuestiones como el agua o lo que sea en las manos de tiranías privadas, que no son responsables ni frente al público ni frente al país. Esto recorta la democracia. Y con estas medidas ya no es necesario que haya golpes militares. Si existe una democracia formal, no hay nada de qué preocuparse, porque las decisiones ya no van a estar en manos de la población. Así es que están contentos de vitorear a Lula en Davos porque saben que no puede hacer nada. En realidad, podría hacer algo, pero sería muy radical. Tendría que reestructurar la deuda. Podría decir que el pueblo brasileño no pidió prestado el dinero, entonces, ¿por qué tendría que pagarlo? Una vez que uno acepta los principios capitalistas comunes, no tiene por qué haber deuda. La gente que pidió dinero prestado tiene que devolverlo. Si los deudores no devuelven el dinero, mala suerte para ellos. Estos son los principios capitalistas. Pero nadie que tiene plata va a aceptar los principios capitalistas. El FMI es básicamente un seguro de riesgo privado para los inversores y millones de contribuyentes en el Norte. Los programas de ajuste estructural son maneras de hacer que los pobres devuelvan el dinero que nunca pidieron, no los tipos ricos que sacaron todo el dinero del país. Lula podría reestructurar la deuda, utilizando principios capitalistas, aunque es algo que nunca sería tolerado. De hecho, está intentando hacer acuerdos internacionales del tipo del Mercosur que le permitan al país tener cierto margen, pero eso es algo muy difícil cuando uno se enfrenta a la ira del poder internacional y de las instituciones internacionales y de la elite brasileña que tiene muchas armas, no necesariamente golpes militares, pero sí muchas armas económicas.

—¿Entonces no hay lugar para el optimismo con Lula?

—Esta misma mañana leí en la prensa financiera internacional que Lula era objeto de serios ataques internos porque no puede cumplir con sus promesas económicas. Y eso es predecible. Está en una situación muy difícil. Tiene que tomar una medida drástica y radical o cambiar sus promesas.

—Mi propio país está en problemas no menores que los de Brasil. ¿Cuál es la visión que tiene sobre Argentina?

—Argentina estuvo en serios problemas desde hace mucho tiempo, pero la catástrofe reciente es aterradora. Pero, por otra parte, es curioso ver cómo la gente reacciona e intenta reconstruir su propia sociedad frente a estos desastres. Es muy edificante y ofrece un signo alentador. Habrá que ver cómo siguen las cosas. De cualquier forma, no me siento lo suficientemente informado sobre Argentina como para decir algo útil. u



Morris Halle,
el amigo de toda la vida

"La represión en Estados Unidos es distinta"

Existe una tradición que el lingüista Morris Halle y su esposa cumplen rigurosamente desde hace veinte años: un día de cada verano suben a su auto y recorren los 160 kilómetros que separan a Boston de Cape Cod, la costa de playas que alojan las vacaciones de los *bostonians*, que conforman la aristocracia estadounidense. Allí, el matrimonio Chomsky, que pertenece a una elite bien distinta y ajena a la sociedad tradicional, posee una casa de descanso. Los Halle y los Chomsky pasan el día juntos y de ese modo Morris Halle recupera por 24 horas a su amigo, a quien, luego de saludar cada mañana de cada día en el MIT, pierde de vista aunque sus oficinas sólo estén separadas por una pared. Dice: *"Chomsky es un hombre muy ocupado"*, y se esfuerza en disimular su queja.

Aunque Noam Chomsky y Morris Halle estén tan cerca y tan lejos a la vez, la suya es una amistad de casi toda la vida. Tampoco fue su común especialidad la que los reunió por primera vez.

"No nos conocíamos. En 1951 Chomsky tenía una beca muy prestigiosa en Harvard. Su esposa era fonetista y estaba bus-

cando un empleo. Y vino a verme un verano aquí al MIT, sencillamente porque estaba cerca de Harvard. La entrevisté y, cuando regresó a su casa, le contó a Chomsky: 'Conocí a un señor más grande...'. En realidad, yo en ese momento tenía veintiséis años y ella tenía veintiuno. Le dijo a Noam: 'Es un profesor alemán muy adusto. Me entrevistó y no sé si voy a conseguir el empleo'. Y la tomé. Más tarde, entablamos una amistad."

Halle es un hombre delgado, calvo, de barba no espesa y ojos vivaces a quien es difícil imaginar cerca de los 80 años, como efectivamente está, y con más de medio siglo como profesor del MIT.

"Mi maestro en Harvard era el famoso lingüista Roman Jakobson. Y, por él, Chomsky empezaría a formar parte de mi grupo. Sucede que la manera de enseñar de Jakobson incluía mucha interacción social y eso es algo que nosotros, incidentalmente, adoptamos. Una de las grandes cosas sobre la lingüística en el MIT es que era diferente de como se la había enseñado hasta ese momento. Trabajábamos mucho en el laboratorio. En las ciencias humanísticas, tradicionalmente el aprendizaje es muy solitario. Uno se sienta en la biblioteca y lee libros y después ve a su profesor y le dice: 'Hice esto y aquello'. Nosotros no hacemos eso aquí. Jakobson creía que cuando uno trabaja en su disertación, habla con sus colegas y todos están interesados en lo que uno está haciendo. Y esto tuvo un efecto muy fuerte en la manera de enseñar la lingüística, en Estados Unidos y en todo el mundo, particularmente por el estímulo a los estudiantes a discutir en grupo sus problemas. Fíjese este dato: todos los estudiantes en el MIT tienen una oficina. Que los alumnos tuvieran una oficina no era muy frecuente. Normalmente, los profesores tienen oficinas, pero los alumnos, no. Por ejemplo, en París, nadie tiene una oficina. Y si uno tiene que reunirse con alguien, va a un café. Jakobson, en cambio, tenía una manera 'social' de enseñar. Después de clase, los alumnos salían juntos. Por otra parte, Jakobson era profesor de ruso y Chomsky no sabía ruso, pero empezó a formar parte del grupo y se hizo amigo de mucha gente. Y aunque el año en que Noam Chomsky vino al MIT yo

ya no era estudiante sino profesor adjunto, siempre asistía a las clases de Jakobson, iba a cenar con su gente, etc. Y así fue cómo me hice amigo de Chomsky."

La amistad entre Chomsky y el "profesor alemán", quien en realidad había llegado a los 17 años a Estados Unidos como inmigrante de Latvia (República de Letonia, en las orillas del Mar Báltico) e, incluso, la relación de los dos con Román Jakobson están documentadas en la biblioteca del MIT. Hace un par de años se celebraron los 50 años de la Escuela de Humanidades y Ciencias Sociales del Instituto, que los dos lingüistas integran, y desde entonces hay una exhibición permanente de textos y fotos, muchas de ellas registrando a los viejos amigos. Cuando el gran maestro Jakobson murió, sus archivos y sus cartas fueron trasladados al MIT. Y, entre ellas, Halle se sorprendió de descubrir una carta que envió a su maestro en la que se disculpa porque Chomsky y él no lo invitaron a una fiesta.

"Yo estaba trabajando con Chomsky y le hice algunos comentarios sobre él a Jakobson. Le decía: 'Es muy inteligente, pero siempre hace las cosas de la manera más complicada'. Yo ya era un profesor hablando con mi gran colega de un estudiante de Harvard más joven que terminaría por ser mi amigo de toda la vida."

—En materia de política, Chomsky tiene la imagen de un intelectual desafiante y provocador. ¿Podría describírselo como un hombre desafiante en general?

—No, en absoluto. Y, en las relaciones personales, no es para nada provocador. "Desafiante" o "provocador" son palabras que nunca utilizaría para describir a Noam Chomsky. El ve el mundo de una manera particular y cree que la manera en que él ve el mundo es la correcta. Piensa que el mundo se mueve en una dirección equivocada y él tiene que expresar su opinión en este sentido. La diferencia entre él y la mayoría de la gente es que tiene mucha confianza en sí mismo, de una manera que no es habitual entre el común de los mortales. Y eso es válido para su

ciencia y su política. Fíjese que, ya desde sus comienzos, cuando era un estudiante universitario, en el campo de la ciencia adoptó una postura muy valiente y extrema. Yo, por ejemplo, no soy lo suficientemente inteligente como para que se me hubieran ocurrido sus ideas, pero si hubiera tenido esa inteligencia y sí se me hubieran ocurrido, probablemente no habría tenido la confianza necesaria como para defenderlas e imponerlas con fuerza, porque todos los demás estaban en contra. Es falso que no se pueda discutir con él. Se puede. A veces, cambia de opinión sobre algunas cosas. Tiene una gran inteligencia y es muy valiente, porque tiene mucha confianza en sí mismo.

—En una presentación suya, usted habló sobre los desafíos con sus primeros trabajos en el MIT, cuestionando la postura dominante sobre la lingüística. ¿En materia científica definiría a Chomsky como una mente desafiante?

—No, no lo definiría así. En la ciencia, uno hace trabajo. Hay problemas y uno trabaja para solucionarlos. Todos lo hacemos. Algunos tienen ideas mejores que otros. El tiene muy buenas ideas y las tuvo en los últimos cincuenta años. Lo que uno hace es intentar persuadir a la gente de que uno está en lo correcto, porque no todos están convencidos, y siempre hay debates. Y, si hablamos de la política, él la ve de una manera muy similar. Existe una verdad y la verdad puede conocerse. Otros tienen razones para no ver las cosas de la misma manera. En la ciencia también, pero especialmente en la política. Si no, tomemos el caso de nuestro presidente. Muchos creen que no sabe de qué está hablando. Y, sin embargo, es el presidente.

—¿Usted cree que la gente en Washington podría pensar que Noam Chomsky es un gran enemigo?

—Bueno, esa es la gran diferencia entre Estados Unidos y otras partes del mundo. La represión política existe en Estados Unidos, pero es mucho más sutil, funciona de una manera muy

distinta que en otras partes. Como usted sabrá, Chomsky rara vez aparece en los medios. Es muy conocido fuera de Estados Unidos, pero no aquí. Por eso fue una gran sorpresa para él que su libro *9/11/2001* haya vendido miles y miles de copias. Fue una sorpresa absoluta para todo el mundo. No hubo reseñas bibliográficas, no hubo nada. No hubo publicidad. El editor, que fue un compañero de colegio de mis hijos, no tenía dinero. No pudo pagar un aviso. De modo que el libro no se anunció como sucede normalmente. Y, sin embargo, se vendió muchísimo. Es un libro que presenta una visión que, en este momento, es polémica. Lo que vemos ahora son cambios muy importantes en la política exterior de Estados Unidos. No sé cómo evolucionará la administración Bush. Tal vez evolucione de una manera muy distinta, pero en el pasado, la manera en que funcionó la represión era haciendo desaparecer a la persona, hasta que no se hablara más de ella.

—¿Se refiere a una desaparición física?

—No, no. Lo que digo es que las opiniones de Chomsky no se expresan en la televisión ni en ninguna parte. El único lugar donde se expresan sus ideas es en actos públicos, en lugares públicos. Y así fueron las cosas desde que comenzó a actuar en política, hace 35 o 40 años.

—Los gobiernos no pudieron frenarlo...

—Probablemente hubieran podido. En mi opinión, si se hubiera considerado a Chomsky una amenaza, probablemente habrían hecho algo. Pero él puede expresar lo que quiere, porque casi nadie cree en lo que él dice. Si mucha gente empezara a creer en lo que dice, entonces, tal vez, las cosas podrían ser distintas. Esa es una gran diferencia entre Estados Unidos y lo que fue, por ejemplo, la Unión Soviética, donde cada expresión u opinión estaba muy controlada. Porque se creía que si alguien no seguía la política del gobierno, Dios sabe qué podía suceder. Se

tomaban medidas represivas que llegaban a lo físico, pero en Estados Unidos no se le hacía la vida imposible a nadie.

—Usted viene de Latvia y Chomsky viene de Lituania. Me pregunto si hay una razón en sus orígenes que los hace ser amigos.

—No, no. Hay una razón para ser amigos, pero no son nuestros orígenes. Yo estudiaba lingüística y el también, así que teníamos cosas en común como para ser amigos.

—¿Usted hoy trabaja con Noam Chomsky?

— Trabajamos mucho juntos durante 12 años, pero ya no. Es muy fácil trabajar con él, al menos para mí. Nos dividíamos las cosas. Aprendíamos juntos. Era muy fácil y muy agradable. Nos llevábamos bien. Hay gente a la que le resulta difícil tratar con él. Pero no fue mi caso. Nunca tuve una mala experiencia. Chomsky es un hombre que tiene sentido de humor en cuestiones personales. Pero, en temas que son serios, no juega. En lingüística, es muy exigente. Lo mismo en la política. Siempre estuvo interesado en el sonido de la lengua, que es mi tema. Y el libro que escribimos juntos se llama *Los patrones de sonido del inglés*. Bueno, desde luego que yo sigo trabajando en ese campo.

—¿Esa fue la única ocasión en la que Chomsky se acercó a la fonética?

—En realidad, lo que él hizo en lingüística afectó a todos los campos. La fonética, hace 50 o 60 años, era un área muy desarrollada. La principal contribución de Chomsky fue sentar los cimientos muy sólidos para el estudio de la sintaxis, la disposición de las palabras y las oraciones, entre otras cosas. Hasta ese momento, hasta que él apareció, la gente siempre daba ejemplos, pero no existía ninguna teoría ni se entendía muy bien qué era la

sintaxis. Chomsky sentó las bases y uno de los problemas que surgió desde el principio fue cuál es la relación de la sintaxis y la fonética. ¿Cómo se relacionan? Y es por eso que escribimos el libro, para explicarlo. A Chomsky le resultaba interesante desarrollar esta área. Nos llevó mucho tiempo lograrlo. Como dije antes, fueron doce años. Bueno, no trabajábamos todo el tiempo. Comenzamos en 1956 y el libro se publicó en 1968. Al final, Chomsky empezó a involucrarse en la política, a fines de los años '60, cuando ya habíamos escrito la mayor parte del libro.

—Así que usted pudo asistir a un gran cambio en él en esos años.

—En el '66 o el '68 él ya tenía un papel muy activo en la política. No había sido muy activo antes, pero empezó a actuar más intensamente con el tema de la guerra de Vietnam. Precisamente, una de las razones por las que dejó de trabajar en fonética fue porque no tenía tiempo.

—Tenía que dividirse en dos campos: la política y la lingüística.

—Sí, y estaba muy comprometido con la política.

Halle es un hombre que suele responder de manera inquisitiva, casi con cierta desconfianza, y siempre nombra a su amigo por el apellido, no tanto para señalar una distancia con él como por la impresión que le deja el lugar de Noam Chomsky como una figura de referencia internacional.

—¿Es posible que alguien que no comparte las ideas de Chomsky se convierta en su amigo?

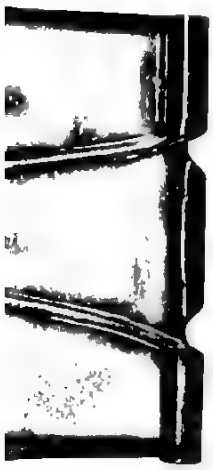
—No sé a qué se refiere usted. Yo, por ejemplo, no disiento con él en materia de política, pero no soy activo como él.

—Pero no ve el mundo de una manera contraria a como lo ve él.

—No. A lo largo de los años, estuve cada vez más cerca. Al principio, no veía el mundo como lo veo hoy. No sé si se debe a mi amistad con él o al poder intelectual de sus argumentos, pero no me opongo a ninguna de sus opiniones. Pero la verdad es que no hablamos mucho; nos separa apenas una pared, pero casi ni nos vemos. No tenemos tiempo.

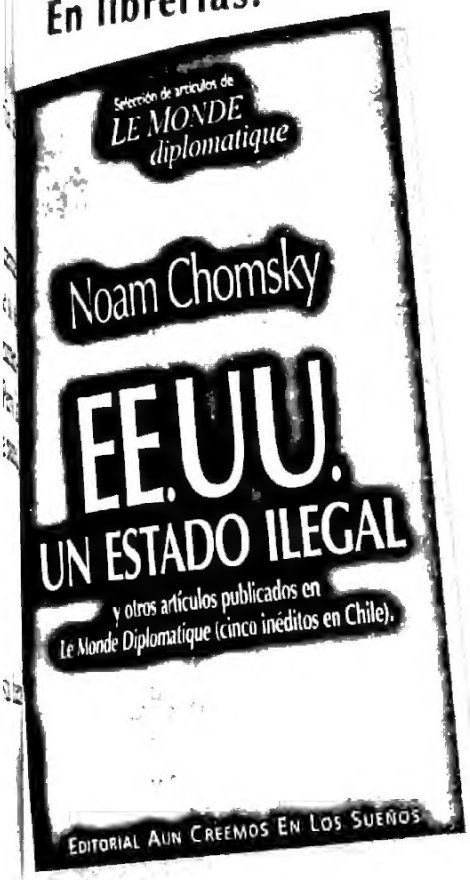
—¿Pero todavía se siente muy amigo de él?

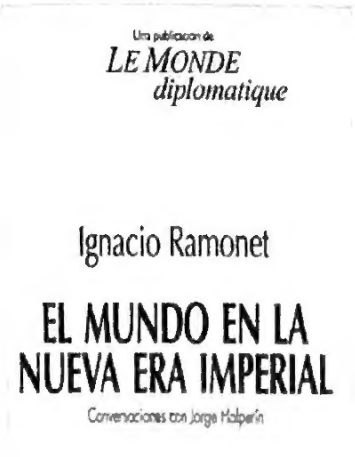
—Por supuesto. Somos muy amigos, eso está fuera de toda duda.



Libros de LE MONDE diplomatique $ 2.500

En librerías:





A la venta en las oficinas de *LE MONDE Diplomatique*.
érfanos 1022 of. 1208 Santiago - Tel: 671 42 90 - E-mail: edicion.chile@lemondediplomatique.cl

Se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2003
en LOM Ediciones
Concha y Toro 23 - Santiago centro - Chile

Prólogo
Jorge Halperín

Noam Chomsky:
Bush y los años del miedo

Un "Canalla" en las fronteras árabes

¿El enemigo en Los Andes?

Las raíces del miedo

"Las elites no creen en la democracia"

"Bush, un actor entrenado"

La teoría del "pañal"

"Mi voz aquí no existe"

"Hasta los 'halcones' les tienen miedo"

"Aplauden a Lula
porque no puede hacer nada"

Morris Halle, el amigo de toda la vida

CONVERSACIONES CON CHOMSKY
166684 / Puesto 02-07-2004 /

Una publicación de
LE MONDE
diplomatique